226

6017

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL JUGADOR DE MANOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

12

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Camizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carmoh.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomas.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
D. Simirlosblancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirliñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atalo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y bondadez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fe en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el m
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hu
Herencia de lagrimas.
Institutos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los extasis.
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrolobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Ternel
La verdad en el espejo
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Ferm
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los tiñeles.
Los moros del Riff.

EL JUGADOR DE MANOS.

EL JUGADOR DE MANOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

DON ENRIQUE GASPAR.

Estrenado en el teatro del Príncipe el 12 de Enero de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

AL SEÑOR DON FEDERICO PASCUAL Y PEDRO,

En testimonio de acendrada amistad, dedica esta obra

Enrique Gaspar.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/eljugadordemanos21912gasp

DOS PALABRAS Á LOS ACTORES.

Todos han rivalizado Vds. en talento en la interpretacion de este drama, y al cariño con que le han acogido debo su éxito indudablemente.

V., Sr. Delgado, en especial, ha sobrepujado las esperanzas que en V. tenia fundadas, y siento que la íntima amistad que nos une no me permita decir cuanto siento, por temor de lastimar su modestia ó de que alguien dé torcida interpretacion á mis palabras.

Reciban, pues, todos este público testimonio de mi gratitud.

Enrique.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.....	Doña Felipa Diaz.
ELENA.....	Cándida Dardalla.
ALDEANA.....	Luisa Alvarez.
VENANCIO.....	Don Pedro Delgado.
EL CONDE.....	Antonio Pizarroso.
ÁLVARO.....	Jorge Pardiñas.
LUCIANO.....	Ramon Mariscal.
SARDANÁPALO.....	José Garcia.
JORGE.....	Antonio Riquelme.
AGUADOR.....	Manuel Córcoles.
LUIS.....	Luis Ponzano.
CRIADO.....	Pedro Diaz.
ALDEANO.....	Juan Lopez Ruiz.
VENDEDOR.....	Emilio Ruiz.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Plaza pública en Aranjuez. Á la izquierda, en primer término, la fachada de una taberna. En segundo de la izquierda, un árbol corpulento rodeado de maleza, con un banco rústico al pie.

ESCENA PRIMERA.

SARDANÁPALO, un AGUADOR, curiosos y VENDEDORES.

VEND. 1.° (Pregonando.) Á la buena rosquilla!
VEND. 2.° ¡Barquillero!
AGUADOR. Agua y azucarillos. ¿Quién quiere agua?
SARD. Eche usted un vaso, tio Mateo.
AGUADOR. ¡Hola¡ ¡Tú por aquí, Sandanápalo!
SARD. ¿Qué hemos de hacer! He venido con mi patron para ver de ganar algunos cuartos.
AGUADOR. ¿Quieres merengues? (Sirviéndole el agua.)
SARD. Gracias, tio Mateo; el dulce me empalaga el bolsillo.
AGUADOR. ¿Y teneis esperanzas de hacer buen negocio?
SARD. La permanencia de la córte en Aranjuez favorece nuestra empresa. Por otra parte, la fortuna no me abandona jamás... Todo es placer y contento al lado mio: con razon me apellidan el niño de la casualidad.
AGUADOR. Y por qué te apellidan así?

612951

SARD. Porque mi vida es una prolongada série de equivocaciones siempre favorables. Como dice mi patron, he nacido bajo la influencia del más protector de los signos del Zodiaco: el signo de Capricornio.

AGUADOR. ¿Y tanta es tu suerte?

SARD. Júzguelo usted mismo. En primer lugar vine al mundo burlando las esperanzas de mis padres, que deseaban una niña. Ya es una casualidad entrar en él perteneciendo al número de los Adanes contra la voluntad paterna.

AGUADOR. Efectivamente.

SARD. Pasemos por alto los primeros favores de la fortuna, y trasportémonos á la época de la conclusion de mi aprendizaje.

AGUADOR. ¿Qué oficio tenias?

SARD. El de mi madre. Planchadora de fino.

AGUADOR. ¿Tú planchadora?

SARD. Sí, tio Mateo: al ver mi aptitud para el trabajo, mi madre me agregó á su cohorte de oficialas; pero tuve la desgracia de enamorarme de una de mis colegas, y la ingrata me despreció.

AGUADOR. Y la casualidad?

SARD. La casualidad me libró de ella casándola. La noticia de este casamiento sumióme en la mas profunda desesperacion. Caí enfermo, y no pudiendo dominar mi melancolia, determiné suicidarme.

AGUADOR. Tú?

SARD. Precisamente. Corro al campo, me encaramo á una encina, ato la cuerda, meto el pescuezo en el lazo escurridizo, y allá va mi cuerpo columpiándose como el péndulo de un reloj.

AGUADOR. ¿Pero no te moriste?

SARD. Creo que no. La casualidad habia conducido á mi patron á aquellos lugares á celebrar su natalicio con algunos camaradas, y al ruido que produjo mi cuerpo al desprenderse, voló en mi ayuda dando con su navaja á mi cuerda el golpe que estaba reservado á una exce-

lente magra de solomillo.

AGUADOR. Bien por Venancio!

SARD. Entre los circunstantes se encontraba un médico, un dentista ambulante, quien al reconocerme me dijo: «Muchacho, acabas de salvarte la vida: á no haberte apretado el gaznate hubieras muerto indefectiblemente de una angina pustulante que padecias, y que la soga se ha encargado de resolver »

AGUADOR. ¡Qué casualidad! ¿Y desde entonces te hallas á las órdenes de Venancio?

SARD. Justo. En calidad de ayudante.

AGUADOR. Pero por dónde anda tu patron?

SARD. En la taberna, dando academia gratis á los criados.

AGUADOR. ¿Á los criados?

SARD. Sí. Les dice la buenaventura. Es un recurso para que hablen y le pongan al corriente de las interioridades de sus amos.

AGUADOR. Pues qué, ¿los ricos tambien se dejan echar las cartas?

SARD. En Madrid no; pero en el campo sucede con frecuencia; y si puede uno pillar al vuelo su nombre, se les encaja en tono de prediccion cuanto acaba de revelar la charlataneria de sus criados. Tio Mateo, voy á prepararlo todo para el espectáculo. (Se dirige á la mesa.)

AGUADOR. Pues buena suerte. (Pregonando.) Agua y azucarillos! (Se confunde entre la multitud.)

ESCENA II.

DICHOS, ÁLVARO, LUIS y JORGE.

ALV. Por aquí, Jorge, por aquí.

JORGE. No será fácil vernos libres de la turba.

LUIS. Sin embargo, aquí se respira mejor.

ALV. Y qué ocurrencia ha sido la de veniros á Aranjuez?

JORGE. La de honrar los funerales de tu vida de soltero.

LUIS. (Á Álvaro.) ¿Pero positivamente te casas?

ALV. Creo que sí, aunque no me atrevo á asegurarlo.

LUIS. ¿Y quién es ella?

JORGE. Nada menos que su prima, la incomparable hija del Conde de Solibar. Un millon de dote y un par de ellos en perspectiva.

ALV. Es todo lo que se llama un buen partido. Ya era tiempo de que la reconciliacion entre mi tio y yo se llevase á cabo.

SARD. Ya está todo dispuesto. Vamos á recibir órdenes. (Entra en la taberna.)

ESCENA III.

ÁLVARO, JORGE, LUIS, y al final SARDANÁPALO.

LUIS. ¿Una reconciliacion! ¿Luego estabais desunidos? ¿Y que causa...

ALV. El orgullo. Mi madre, hermana del Conde, casó con un hombre de oscura cuna y su matrimonio le granjeo la enemistad, el ódio, y hasta la persecucion de su familia. Á su muerte mi tio mostróse menos severo, y hace diez y ocho meses, al perder á mi padre me escribió ofreciéndome su amistad no desmentida hasta entonces. Careciendo de heredero en quien perpetuar su nombre, podria concediéndome la mano de Elena, obtener la autorizacion para trasmitírmele, y entonces siempre os honraria mas la amistad del Conde de Solibar que la de Álvaro Paredes, y tres millones de capital sonarian mejor que treinta mil duros de deudas.

JORGE. ¿Pero el Conde, si mal no recuerdo, tiene otro sobrino!

ALV. Sí; Luciano de Vargas, un aprendiz de diplomático agregado á la embajada de Rusia. No temais, es poco afecto al matrimonio, rara vez se ocupa de él su familia.

LUIS. Ademas que si Álvaro consagra á Elena su amor será indudablemente porque creerá ser correspondido.

ALV. Sin que esto arguya presuncion, creo que sí.

JORGE. ¿Y piensas que el consentimiento de tu prima será suficiente para contrarestar las discordias pasadas?

ALV. Sin duda. Tú no puedes formar idea exacta del delirio

que la condesa tiene por su hija. No sosiega, no vive sino para ella. No hay título, fortuna ni dicha en el mundo que no esté dispuesta á sacrificar por Elena. ¿De qué, pues, depende mi bienestar? del consentimiento de mi prima? Le obtendré espontáneamente, ó sabré arrancársele á viva fuerza.

LUIS. ¡Demonio! Me asustas.

JORGE. ¿Qué harias?

ALV. Lo que vosotros, lo que cualquier hombre enérgico colocado entre la fortuna y la ruina, entre la consideracion y la vergüenza. Acostumbrado á vivir en el lujo y los placeres, no puedo someter mi carácter al trabajo y la miseria. Ellos me han llamado cuando me encontraba al borde de un abismo, me han dejado asirme á una rama salvadora, y ahora me encuentro como el náufrago á quien un hombre tiende su mano, que se salva ó sumerje consigo al que le auxilia.

SARD. Ya viene mi amo. Convoquemos la asamblea. (Coge la trompeta y toca con fuerza.)

JORGE y LUIS. Eh! ¿Qué es eso?

ALV. Calla, imbécil. (Á Sardanápalo.)

SARD. ¡Imbécil! Sí, señor; callaré cuando concluya.

ALV. ¿Se burla de mí este tuno?

JORGE. Déjale en paz.

LUIS. Sí, Álvaro; huyamos de este bullicio.

LOS TRES. Vamos. (Vánse.)

SARD. ¡Hola! Don Álvaro; no le gusta á usted la música y me llama imbécil? Pues allá vá eso. (Da un punto agudo con la trompeta, y termina con un desentono.) Estamos en paz. (La plaza se llena de gente, y Sardanápalo, agitando una bola atada al extremo de un bramante, obliga á los curiosos á formar en dos filas, dejando á la vista del público en el fondo, la mesa de prestidigitacion.) Atrás, señores; que es muy fácil desnucar á alguno. Órden y compostura y silencio; que van á verse cosas sorprendentes. Sentarse, pero cuidado con romperme las butacas, porque mi amo me hará pagar la compostura con las costillas. (El pueblo se rie y mani-

fiesta gran curiosidad, que Sardanápalo reprime agitando la bola.)

ESCENA IV.

DICHOS y VENANCIO, que sale de la taberna vestido de titiritero, y va á colocarse detrás de la mesa, adoptando en toda la escena la entonacion y el gesto de un charlatan.

VEN. Insolente! (Pegándole un puntapie.)

SARD. ¡Ay! (Huyendo.)

VEN. Aquí, Sardanápalo. Hé aquí la segunda edicion corregida y aumentada del célebre emperador romano. Sardanápalo es su nombre; nació sin padres, visitó La Picardia, recibió un curso de merodeo, bachilleróse en las almadrabas, es doctor en latrocinio y pillologia, y y está condecorado con la cruz de la legion de Ceuta. (El pueblo rie siempre que cree entrever alguna gracia en las palabras de Venancio.) No nos pararemos por mas tiempo á considerar los títulos que le adornan, y hagamos constar que si me presento aquí ante ustedes, no es para que contemplen en mí á uno de los infinitos charlatanes que ofrecen curar callos y ojos de pollo, arrancar toda clase de muelas sin dolor, sean molares, caninas ó incisivas, hacer desaparecer las arrugas ni vender el bálsamo que conserva la juventud, y á quienes podria decírseles con el sabio de la antigüedad: «*Medice sana te ipsum.*»

SARD. El amo sabe griego y yo le traduzco: «*Medice, sana te ipsum,*» Médico, cómete un pisto.

VEN. Ahora, señores, voy á dar á ustedes una pequeña prueba de mi habilidad como prestidigitador, escamoteador ó jugador de manos, y con la sola ayuda de estos cubiletes, de los cuales el primero, se llama *pasa*; el segundo, *contrapasa*, y el tercero, *invisible*. (Juega con los cubiletes.) Escamotearé delante de ustedes, motas microscópicas, pelotas de baqueta, y hasta al mas borrico de la reunion. (Risas.)

UNA ALD. Vámonos, Antonio.

ALD. Déjame ver á quién escamotea.

VEN. Reconozcan ustedes bien estos cubiletes de plata maciza, acabados de salir de la fábrica de Martinez. (Los agita con la vara que tiene en la mano.) Nada en el primero, nada en el segundo y el tercero vacio. Pero tomo unos polvos de *perlimplimplim chisve catalami*, y aquí está la madre, (Sacando pelotas.) aquí está la hija y aquí la tataranieta. (Saca una pelota enorme.) Y si aun queremos mas, sin necesidad de cubiletes y con solo tomar una por aquí, otra por allá, (Fingiendo cogerlas en el espacio.) yo les diré: *Parafaragaramus*, creced y multiplicaos, y lloverán sobre vosotros mas pelotas que maná sobre los israelitas. (Se lleva las manos á la cabeza y deja escapar infinidad de ellas: el pueblo aplaude.)

ALD. (Gritando.) ¿Y el mas borrico de la reunion?

VEN. No impacientarse: soy al momento con usted. Pero mientras llega este último golpe, que reservo para el fin del espectáculo, bueno será que sepan ustedes quién soy yo. Me llamo Venancio Garcia, y soy el único en el mundo de este apellido. Deseoso de ensanchar el círculo de mis relaciones, he recorrido el globo, trabajando delante del tamborlan de Persia, del czar de Rusia y del rey de Tunez, obteniendo de este el favor de una sonrisa.

SARD. Sí, señores; mi amo ha obtenido una sonrisa del buey Atunez.

VEN. Desde allí he partido para Pequin, la China, donde los habitantes andan boca abajo por razon de la redondez de la tierra, y, gracias á mis viajes, he adquirido de un célebre zahorí el secreto que poseia Faraon primero, rey de Egipto, para leer el destino con la ayuda de cuarenta cartas. Yo quiero darles á ustedes lo que vale mas que el oro y la plata, el conocimiento del porvenir ó, lo que es lo mismo, la ciencia de la quiromancia, la nigromancia y la carrr...tomancia. Yo diré á todos juntos, y á cada uno en particular, su pasado, su pre-

sente y su porvenir; cuanto tenga relacion con sus asuntos, la dicha que le espera, la emboscada que se le tiende, el amigo que le engaña, la herencia que ha de percibir. Yo diré á los mozos el número de la quinta; á los militares, la época de su licencia; á las solteras, si su marido será rubio ó moreno; los hijos que tendrán á las casadas, y á los maridos...

ALD.ª Vámonos, Antonio.

ALD. Calla, mujer, que esto me interesa.

VEN. Ya oigo á mas de uno preguntar el precio á que vendo mi ciencia. Voy á decirlo. En mi casa, calle del Turco, se pagan las consultas á onza de oro; pero aquí quiero ponerme á tiro de todas las fortunas, y no será una onza, ni media, ni cuatro duros lo que tengan ustedes que desembolsar. Venderé mi talento por dos cuartos.

SARD. Por dos cuartos, señores. Aquí se da la sabiduria por una caja de fósforos.

VEN. (Cogiendo una baraja y avanzando al público.) Quién quiere la primera carta?

SARD. ¿Quién la segunda?

ESCENA V.

DICHOS, ALVARO, JORGE y LUIS.

ALV. Hola, un titiritero! Me distraen estas cosas.

JORGE y LUIS. Y á mí.

ALV. (Riendo.) Estoy porque me digan la buenaventura.

LUIS. ¡Qué ocurrencia! (Forman parte del grupo.)

VEN. Ánimo; señores: por dos cuartos nadie puede adquirir una casa de campo, y menos un palacio en la córte; pero en cambio se halla en posesion de un consejo saludable; y como dice el proverbio, «hombre prevenido vale por dos; y mas vale un toma que dos te dare.» Sométanme ustedes á la prueba, y si no les digo cuanto han dicho y hecho desde su venida al mundo, palabra por palabra, hora por hora, minuto por minuto, rompan la valla,

lleguen hasta mí, cólmenme de dicterios, llámenme impostor, hagan añicos mis cartas, y arrójenme á la cara los pedazos. Yo perderé mi honor, mi único tesoro, pero en cambio harán ustedes un bien á la sociedad; librándola de un embaucador, indigno hasta del aire que respira.

ALV. (Á sus amigos.) Tiene aplomo el truhan.

VEN. ¿Á quién la primera?

ALV. Á mí. (Ap. á sus amigos.) Consultemos á este sublime oráculo. (Toma una carta.)

VEN. (Ap.) ¡Malo! Estos quidam me van á comprometer. (Alto.) Ustedes por lo visto desearán que les releve los secretos del destino por el sistema caro, y este complicado juego, exige que pasemos á esa taberna, teatro de mis sesiones al por mayor.

ALV. No, no te molestes. Es aquí mismo, en voz alta y por el sistema económico como quiero conocerlos.

VEN. (Maldito sea!) ¿Pero en voz alta?

ALV. (Riendo.) Tienes miedo de equivocarte?

LUIS y JORGE. Sin duda.

VEN. ¿Miedo yo? (Bajo á Sardánapalo.) Los conoces?

SARD. Sí.

VEN. Quiénes son? (Ap. á Sardánapalo.)

ALV. Vamos, señor agorero.

SARD. (Ap. á Venancio.) Este se llama Alvaro de Paredes.

VEN. (Ap.) Magnífico! Conozco sus mañas por su criado. (Alto y con charlatanisme.) Señores, si me han visto ustedes titubear un momento ante tal proposicion, es porque no entra en mi sistema divulgar los secretos de familia en público, ó *Coram populo*, como decia Ciceron; pero habiendo herido mi susceptibilidad...

ALV. Basta; yo te autorizo.

VEN. Él me autoriza. Páseme usted su carta, (Tomándosela.) y elija usted otras dos. Esta es para el pasado, la segunda será para el presente, y la tercera para el porvenir.

ALV. (Despues de elegir dos cartas y presentándoselas á Venancio.)

Habla; ya escucho.

VEN. Caballo de copas. El mejor naipe de la baraja. Nos dice que el sujeto es jóven y no mal parecido.

ALV. No es poco decir.

VEN. Espiritual.

ALV. Gracias. (Riendo.)

VEN. Aunque no tanto como él se figura.

SARD. (Chúpate esa!)

VEN. Este jóven tiene parientes muy opulentos.

ALV. Pero todo cuanto me predices, no es muy dif[illegible] el acertar, pues está á la vista.

VEN. Efectivamente. Pero de fijo le causará á usted [illegible]rpresa el que el mancebo encontrándose guapo y r[illegible], se haya vuelto muy fátuo.

ALV. ¡Insolente!

VEN. No soy yo, es la carta quien lo dice [illegible]nade que haciéndosele muy penible el trab[illegible] ha echado en brazos de la pereza, adoptand[illegible]propios á sus hijos el vicio y los placeres. A[illegible] le gusta el juego, le seduce un buen pal[illegible] un sublime adorador de los sátiros y las [illegible]

ALV. Este ganapan tiene [illegible]rrencias. (Reprimiendo su disgusto.)

VEN. Gracias. Reasumiendo el p[illegible]do. Don Alvaro se ha comido todo su patrimonio. (Risas.) Veamos el presente. Sota de espadas. Carta fatídica! No me atrevo.

ALV. Habla; te lo mando!

VEN. Es que...

ALV. Lo exijo.

VEN. (Ap. á D. Álvaro.) Y si las cartas dijesen que para rehacer su fortuna el señorito quiere entrar en una respetable familia, uniendo su mano á la de su prima, richeredera del Conde de Solibar...

ALV. (Ofuscado.) ¿Cómo! Basta: necesito que me digas...

VEN. (Alto.) ¿El porvenir? ¿Y si el matrimonio tendrá efecto? Es verdad; hasta ahora solo tenemos noticia del pasado y del presente; pero el futuro pertenece al dominio de

juego caro... y solo puede leerse por el diámetro de la diez y seisava parte de una libra de oro.

ALV. (Ap. á Venancio.) La tendrás: aleja de aquí á esta gente, y dentro de una hora ven á buscarme.

VEN. No faltaré.

JORGE. ¿Le das una cita?

ALV. Sí; necesito saber quién le ha hecho dueño de mis secretos. (Preocupado.)

VEN. Levad anclas; largad velas. Levanto mis reales y me traslado á la puerta de los jardines de mi alcázar. (Sardanápalo recoge los bártulos.) Vengan todos á admirar las maravillas de mi sublime ciencia. Paso al disipador de las nieblas del porvenir. ¡Marchen! Arrr... (Sardanápalo toca marcha con la trompeta, y haciendo piruetas y contorsiones se aleja Venancio con la multitud que aplaude sus ridículas ocurrencias.)

ESCENA VI.

ÁLVARO, JORGE, LUIS, LUISA, ELENA y el CONDE.

ALV. ¿Cómo ha podido averiguar?...

CONDE. Mirad, aquí hay un banco.

ELENA. Siéntate, mamá.

LUISA. Y tú junto á mí. (Se sientan.)

LUIS. (Ap.) Hermosa niña.

JORGE. (Ap. á Luis.) Es ella! Elena! la futura de Álvaro.

LUIS. (Ap.) Ah! Bribon! Recibe mi enhorabuena.

ALV. ¡Queridos tios! (Acercándose á ellos.)

CONDE. ¡Álvaro!

ALV. El mismo que se despide de estos señores para consagrarse á ustedes. (Ap. á Jorge y á Luis.) Dejadme; luego nos veremos. (Jorge y Luis saludan y se van.) Se halla usted indispuesta? (Á Luisa.)

LUISA. No.

ELENA. Sí, Álvaro; se ha empeñado en venir á Aranjuez para darme una sorpresa, segun dice, y mamá necesita de mucho reposo. Eso es no tener juicio, y si lo repites me

veré en la precision de reñirte y retirarte mi cariño.

LUISA. ¡Hija mia!

CONDE. Elena tiene razon.

ALV. No es prudente con este sol canicular.

LUISA. Reñidme todos. No temais por mi salud. Soy tan feliz con vuestros cariñosos halagos, que nada turba mi calma, nada... mas que mi sueño...

TODOS. Un sueño!

LUISA. Mal dije: no es solo durante la noche cuando esa idea se apodera de mí...

ALV. (AP.) ¿Qué querrá decir?

CONDE. Explícate.

ELENA. ¡Ay! me das miedo.

LUISA. Pues bien, hay momentos en que me parece ver á mi hija inanimada, muerta delante de mí.

TODOS. ¡Muerta!

LUISA. Sí; creo verla exánime en los primeros meses de su existencia, tendida sobre su cuna de mimbre.

ALV. Es raro!

CONDE. No es sueño... no ¡recuerdo triste!

LUISA. Entonces mi sangre se agolpa violentamente á mi cerebro; mil ideas confusas se agitan en mi mente, delirante, loca, corro al cuarto de mi Elena, me abalanzo á su cama, y al verla dormir tranquilamente con la sonrisa en los labios, bendigo á la Providencia que me deja colmarla de caricias.

ELENA. ¡Oh! De hoy en adelante no sufrirás semejante tortura. Mi cuarto será el tuyo; me dormiré entre tus brazos, y cuando el insomnio se apodere de tí, yo estaré á tu lado para devolver con un beso la calma á tu espíritu.

LUISA. Sí, sí; y en el silencio de la noche me dirás tus pensamientos mas íntimos, y acaso te resuelvas á confiarme el secreto de tu corazon. ¿Su secreto?

ELENA. No adivino...

LUISA. Mejor dicho, nada tienes que revelarme, porque durante tu sueño me has abierto tu alma. Tus labios han arrojado una confesion que yo he recogido, y no hay

para qué repetirme «Le amo, le amo.»

ELENA. ¿Yo, yo he dicho... No, no es posible.

ALV. ¡Elena!

CONDE. ¿Ama en secreto?

LUISA. Á uno de nuestra familia.

ELENA. ¿Cómo? Le he nombrado tambien?

ALV. (Con alegria.) ¿Conque es mi pariente?

LUISA. (Á Elena.) Sí; hace mas de un mes que me dijiste su nombre, confidente tambien de sus amorosos secretos, he abusado de vuestra confianza; y si me he decidido á contrarestar las fatigas de este pequeño viaje, ha sido porque tenia la seguridad de encontrar aquí á tu querido primo.

ELENA. Él aquí?

ALV. (Ap.) ¡Su primo! (Con alegria marcada.)

LUISA. Yo misma le escribí á Rusia.

CONDE. ¿Cómo? Es Luciano?

LUISA. Sí, Luciano.

ALV. (Ap. con furor.) Él!

LUISA. Ama á Elena y le protejo. Perdóname, Arturo; y tú tambien, hija mia, si hice mal...

ELENA. ¡Qué buena eres!

ALV. (Necio de mí!)

CONDE. (¡Casarla! ¿Cómo sin revelarle á Luisa el secreto de su nacimiento?)

ELENA. Pero tú decias que debiamos encontrale aquí, y no...

LUISA. No temas; ayer se hallaba en Alicante y no se habrá detenido.

ELENA. No, no es posible que venga tan pronto.

LUISA. ¿No? Mírale.

ESCENA VII.

DICHOS y LUCIANO.

TODOS. ¡Luciano!

LUC. ¡Tios! ¡Elena! ¡Dios mio! ¡Qué pálida estás!

ELENA. La alegria, la sorpresa... (Echándose en brazos de su madre.) ¡Bendita seas!

LUC. (Abrazándole.) ¡Álvaro! Perdóneme usted, querido tio, esta repentina vuelta sin prévio aviso; pero un asunto de estado...

CONDE. Es inútil el fingimiento. Sé que Luisa te ha mandado venir, y conozco tambien la causa.

LUC. Y bien. ¿Puedo esperar?

LUISA. Sí, consentirá... ¿Qué digo? Consiente en vuestra union. ¿Verdad, Arturo?

ALV. (Ap.) (¡Todo ha acabado para mí!)

LUISA. (Al Conde.) ¿No respondes? ¿Dudas?

LUC. (Ap.) ¡Dios mio!

CONDE. Escucha, Luisa, escucha, hija mia; bien sabeis que mi mas ardiente deseo es labrar vuestra ventura; pero ese matrimonio...

ELENA. ¿Y bien?

LUISA. Acaba: me pones en tortura.

CONDE. Un obstáculo, que creo desaparecerá, se opone á realizarlo por ahora.

TODOS. ¿Un obstáculo?

LUISA. Tu sola voluntad es suficiente para disponer de la mano de tu hija.

CONDE. Es preciso consultar con Luciano, él mejor que yo podrá decidir en este asunto.

LUC. ¿Yo?

ALV. (Ap.) Es extraño. Fuerza será inquirir...

LUC. No teman ustedes. Sí, como dice el Conde, depende de mí esta union, estoy dispuesto á cualquier sacrificio. Elena será mia.

ELENA. Mamá, vamos á recorrer los jardines. Acaso el paseo te sea provechoso.

LUISA. Te entiendo. Vamos.

ALV. (Ap.) ¿Un obstáculo? En mi pecho brota de nuevo la esperanza.

LUISA. Vienes, Alvaro?

ALV. Lo siento; pero un asunto perentorio me lo impide.

LUISA. Ven, Elena.
ELENA. Adios! (Vánse Luisa y Elena.)
ALV. Señoras! (Saludando.) Yo rasgaré ese velo. (Váse.)

ESCENA VIII.

El CONDE y LUCIANO.

LUC. Solos estamos: hable usted.
CONDE. Mas tarde; luego; en mi casa.
LUC. Nadie nos oye. Mi impaciencia... (Se sientan en el banco y miran alrededor.)
CONDE. Pues lo quieres, sea. Luciano, no soy yo quien se opone á tu enlace con mi hija; es el respeto debido á tu nombre, las severas tradiciones de familia, la voluntad, en fin, de tu padre, quien levanta entre ambos una insuperable valla.
LUC. No comprendo...
CONDE. «Hijo del marqués de Elorza,» te diria tu padre, «tú no puedes unirte á una mujer cuya nobleza no sea igual á la tuya.»
LUC. Á la cual podria contestarle que Elena lleva su apellido, y que la misma sangre circula por nuestras venas.
CONDE. ¿Y si Elena no fuese mi hija?
LUC ¿Cómo? no es...
CONDE. No: se llama Juana Vidal, y su madre fué una desventurada mujer recogida caritativamente en mi quinta de Zuera. Allí llegó hambrienta, combatiendo el frio y su enfermedad, con esa niña de tres meses entre los brazos. Entregóme sus documentos, y por ellos supe que venia de Huesca, que se llamaba Juana Ruiz, y que era esposa de Santiago Vidal. Esforzóse en persuadirme que acababa de perder á su esposo. Poco despues mi mayordomo me reveló su secreto, y comprendí que aquella desdichada iba huyendo con un ángel de la vandálica tirania de su marido.
LUC. ¿Pero cómo ha podido la condesa tributar ese delirante

cariño á una persona que no es su hija?

CON DE. Porque Luisa lo ignora todo.

LUC. ¿Cómo es posible?

CONDE. Tres meses antes de los acontecimientos de mil ochocientos cuarenta y ocho, vino al mundo mi Elena. Aquellas revueltas políticas, que ocasionaron mi prision, y el verme sometido á un consejo de guerra, trastornaron la razon de mi pobre esposa, que al dar el pecho á su hija se convirtió sin saberlo en instrumento de su muerte. Libre al fin de mis cadenas, y cuando me disponia á estrechar entre mis brazos á aquellos dos seres tan queridos, me ví separado del uno para siempre y privado de las caricias del otro. Un recurso hábilmente empleado por nuestro médico volvió la razon á Luisa, que al despertar de su letargo solo tuvo un pensamiento fijo: su hija Elena. Temerosos de que la fatal noticia de su pérdida destruyese nuestra obra, apenas sabiamos qué resolver, cuando la Providencia vino en nuestra ayuda. Juana con su niña discurria por el jardin; mi esposa al verla lanzó un grito, corrió hácia ella y arrebatándosela de entre los brazos empezó á besarla, llamándola cariñosamente Elena. Juana quiso hablar; pero compré su silencio á trueque de la fortuna de su hija; y á los pocos dias dejaba de existir aquella mártir, encargándome por única condicion de la custodia de un cofrecillo que entregaré religiosamente á Elena en su dia. Al momento vendí mi quinta; despedí á mis criados y me trasladé á la córte sin dejar en Zuera mas que dos cómplices de mi secreto, el doctor y mi mayordomo, de los que ninguno existe ya. Dios no me ha concedido otro hijo para reparar mi falta, y la salud de Luisa me ha obligado á presentar á Elena en el mundo como la única heredera de los Condes de Solibar.

LUC. Pero su padre, ese Santiago Vidal, puede reclamarla algun dia.

CONDE. No; porque al separarse de su mujer ignoraba que pu-

diera ser padre. Ahora ya conoces el obstáculo que te separa de ella.

LUC. ¿Y qué me importa su familia? Yo no amo á Elena ni por su rango ni por su nombre.

CONDE. Y si la doy el que la pertenece, el de Juana Vidal, ¿permitirá tu padre semejante alianza? No.

LUC. Acaba usted de decirme que este secreto solo á nosotros nos pertenece. Pues bien; concédame usted la mano de Elena, de su hija Elena, y ni el orgullo de mi padre se sublevará, ni correrá peligro la vida de la condesa; porque yo juro, por la santa memoria de mi madre, que esta revelacion morirá conmigo.

CONDE. ¡Oh! No esperaba menos de tí, Luciano. Gracias. Comprende que á tí era el único á quien no podia engañar. He cumplido con mi deber; nuestros corazones se entienden. Yo acepto ante Dios la responsabilidad del acto que va á verificarse. Serás el esposo de Elena de Vargas. La ley reprueba esta mentira; pero si el derecho me condena, la conciencia me absuelve. Vamos á abrazar á tu madre, corre á abrazar á tu esposa. (Vánse.)

ESCENA IX.

ÁLVARO, saliendo de los matorrales despues de mirar á todas partes.

ALV. Bien hice yo en no perder toda esperanza. Conque (Escribe en un papel con lápiz.) Juana Vidal, nacida en Huesca en mil ochocientos cuarenta y ocho!... Elena de Vargas, muerta en Zuera pocos meses despues; y ningun testigo viviente de aquella escena! Bien, me basta. Una extraña, una advenediza á quien llaman su hija, heredera de una inmensa fortuna que compartiria con Luciano robándomela á mí! Nunca. Yo sabré impedirlo. ¿Pero cómo? Publicar la noticia yo mismo, seria conquistarme el odio de toda la familia. Seria preciso buscar á ese Vidal. ¡Él ignora que es padre!... Yo le instruiria, y... Segun dicen es un hombre depravado, sin oficio ni

beneficio; y fácil por consiguiente de comprar. Él reclamaba á su hija, y yo recobraba mis derechos á la fortuna del conde. Pero estoy delirando. Cualquier intruso se pondria á mis órdenes por dinero. Comprar un hombre es cosa corriente; pero por malo que sea un padre no se vende nunca. Con todo, es preciso hacer algo; semejante mina no puede quedarse sin explotar. Los dos estan muy seguros de que este secreto solo á ellos les pertenece, de modo que si un hombre hábil, bien ensayado por mí, se presentase bajo el nombre de Santiago Vidal, no despertaria sospecha alguna. No, pero esto exîge ingenio, audacia, y una conciencia muy negra. ¿Dónde encontrar el hombre que necesito?

ESCENA X.

ÁLVARO y VENANCIO.

VEN. Presente.

ALV. Ah! ¿Eres tú?

VEN. Yo mismo, provisto de mis cuarentas cartas, que representan fases de la vida del hombre. Empecemos á descorrer el velo al porvenir.

ALV. Basta, basta; te he mandado venir para que me digas quién te ha instruido sobre mi conducta.

VEN. ¡Toma! mis cartas.

ALV. Creo tanto en ellas como en tu sabiduria. Acabemos: antes te he ofrecido una onza, dos te doy si hablas.

VEN. No puedo, señor, no entra en mi sistema el vender á los criados de mis clientes.

ALV. ¿Luego fué el mio...

VEN. ¡Ah! ¿Se me escapó!... Pues sí; le dije la buenaventura, y como el pobre es tan hablador, con un poco de imaginacion por mi parte, me ha ayudado á ganarme seiscientos cuarenta reales.

ALV. (Mirándole atentamente) Comprendo; eres hábil.

VEN. Á falta de cuartos, bueno es el ingenio.

ALV. Algo apostaria á que en un caso dado no carecerias de audacia ni de talento.

VEN. No seré yo quien apueste en contra.

ALV. (Ap.) Acaso este es el hombre que me falta. Exploremos su conciencia. (Alto.) Traes la baraja?

VEN. Presente. (Extendiendo los naipes que le presenta para que tome uno.)

ALV. No es así como la quiero. (Se los toma y se los presenta.) Toma una.

VEN. ¿Qué?

ALV. Que tomes una carta.

VEN. ¿Va usted á darle lecciones á papá?

ALV. Tal vez.

VEN. Yo las doy, pero no las recibo.

ALV. ¿No crees en el juego porque posees el quid?

VEN. No; sino porque...

ALV. Pues yo voy á probarte que en manos expertas sirven las cartas para predecir el futuro.

VEN. Eso es muy fácil. Uno dice cuanto se le antoja sin temor de que le contradigan.

ALV. Para que creas en mi prediccion, voy á revelarte el pasado diciéndote quién eres y lo que has sido.

VEN. Divirtámonos un rato.

ALV. Toma.

VEN. ¿De la derecha ó de la izquierda?

ALV. Me es indiferente.

VEN. Pues de la izquierda. Y dígame usted. ¿Tendré que pagar luego? (La toma.)

ALV. Al contrario.

VEN. Ah! Pues si es usted el pagano, me alquilo. Hé aquí la carta. (Se la da.)

ALV. Por ella veo que tienes cuarenta años.

VEN. Me planto en cuarenta y seis, sirven?

ALV. Has nacido en Aragon.

VEN. Exactamente; en Madrid, en la calle del Burro.

ALV. Has sido casado con Juana Ruiz.

VEN. Ó con María de la Paz, que da lo mismo.

ALV. Tu mujer murió en Zuera, dejándote una niña.

VEN. Admirable... Yo no he fructificado nunca.

ALV. ¿Cómo?

VEN. Que he sido absolutamente estéril.

ALV. Por último, tu nombre es Santiago Vidal.

VEN. Venancio García, muy servidor del que nos paga.

ALV. Lo siento; porque una fortuna brillante le está reservada á ese bribon.

VEN. ¿De veras?

ALV. Tanto, que á buena cuenta no titubearia yo en anticiparle estos mil reales. (Sacando un billete.)

VEN. (Queriendo cogerle.) ¡Un billete!

ALV. Poco á poco: no es para tí, tú te llamas García.

VEN. García yo? ¿Yo García? Miente quien tal diga. Mi nombre es Santiago Vidal, y perdí á mi mujer en Zuera, y tengo una niña, ó todo un hospicio si es necesario.

ALV. En ese caso, te pertenece. (Le da el billete.)

VEN. ¡Mil realazos! ¡Cincuenta duros! Esto trasciende á riquezas, placeres y vino de Champagne.

ALV. Pues aun quedan veinte mas por adquirir.

VEN. ¡Una talega! ¿Qué tengo que hacer?

ALV. ¿Te llamas Vidal?

VEN. ¿Cómo si me llamo? Soy el fundador de la raza.

ALV. Pues necesito que acredites tu identidad.

VEN. Por hecho. Yo tengo amigos que jurarán conocerme por este nombre, y obtendré cuantos documentos atesgüen mi procedencia.

ALV. Marcharás á Huesca, donde te procurarás tu partida de bautismo y la de tu casamiento con Juana, tu mujer.

VEN. ¿Y qué mas?

ALV. De allí te trasladarás á Zuera, y pedirás que te libren acta de defuncion de Elena de Vargas, hija del Conde de Solibar, en cuya casa te presentarás despues reclamando á tu hija, con quien secretamente ha sustituido la suya.

VEN. Pero este asunto es grave.

ALV. Doblo la suma.

VEN. Entonces, no he visto cosa mas sencilla. Y dígame usted, puedo contar con garantías?

ALV. Te firmaré un pagaré de la suma convenida para dentro de un mes; y tú en cambio, me dejarás elegir mis armas de defensa para el caso de que trataras de venderme.

VEN. Pero, poco á poco. Ya que nos hemos quitado la máscara, bueno será que usted me diga el interés que tiene en este negocio.

ALV. El Conde es mi tio, y al sustituir con una extraña á su difunta hija, me hace perder todo derecho á su herencia. Yo bien quisiera llamarla esposa mia; pero comprendo que toda lucha fuera inútil, y elijo el camino mas corto.

VEN. Comprendo: se trata de reponer á usted en su legítima condicion de heredero: abogamos por una causa altamente moral: mi conciencia está satisfecha.

ALV. ¿Cuándo partes?

VEN. Al momento. (Da un agudo silbido y sale Sardanápalo.)

ALV. ¿Qué haces?

VEN. Pido mi librea.

SARD. ¿Llama el patron?

VEN. Sí; preven nuestro equipaje. Nos dirigimos á Aragon, mi bella patria.

SARD. Pues yo le hacia á usted de Madrid, señor Venancio.

VEN. Vidal; llámame Santiago Vidal. Entro desde este instante en posesion de mis bienes, títulos y cualidades; y tomo de nuevo el nombre de mis antepasados, que no he querido profanar en las plazas públicas.

SARD. Y yo, patron?

VEN. Tú te metamorfoseas: te elevo á la categoria de mayordomo.

SARD. ¡Yo mayordomo! ¡Qué gusto!

VEN. Vuela. (Váse Sardanápalo.)

ALV. (Dándole una tarjeta.) Toma mis señas, mañana recibirás

mis últimas instrucciones.

VEN. Cuente usted conmigo: emprendo la marcha, y *uno, dos, tres, pasa*, caigo sobre el Baron; le presento mi vara mágica, le echo en los ojos unos polvos de *perlimpimpim*, le asombro, se anonada, le magnetizo: *perafaragaramus*... Le escamoteo la niña, y el público entonces...

ALV. Aplaude...

VEN. Y paga.

ALV. Entendido: tienes talento.

VEN. No; hambre. (Con sentimiento. Alvaro le mira con extrañeza, Venancio prorumpe en una carcajada.)

ALV. Hasta mañana.

VEN. Hasta mañana. (Váse. Silba de nuevo. Sale Sardanápalo con los bártulos, y desaparece con Venancio por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa del Conde. Á un lado de la escena una mesa con escribania de plata.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, ELENA y LUCIANO, contemplando varias joyas.

ELENA. Mira, mamá, qué linda es esta!

LUISA. (Melancólica.) Hija mia, Luciano te hace un presente régio. (Suspira.)

LUC. Por qué suspira usted?

LUISA. Por nada.

LUC. No es cierto. Desde hace quince dias que todo se apresta para nuestra boda, parece que está usted mas triste que de costumbre.

LUISA. Luciano!

LUC. ¿Teme usted por ventura que Elena no sea feliz conmigo?

LUISA. Nada de eso. Tú, el mejor de los hombres, por fuerza serás el mejor de los maridos; pero como tu carrera te obliga á vivir lejos de España y de nosotros...

LUC. No me habia equivocado.

ELENA. ¿Qué dices? (Á Luisa.)

LUISA. ¿No has pensado nunca en que tendremos que separarnos, Elena?

ELENA. Sí, mamá; pero Luciano y yo hemos convenido en que pasaremos largas temporadas juntos en donde la suerte nos conduzca.

LUISA. Y ¿podré soportar aquellas en que deje de estrecharte entre mis brazos? No sé; pero por una rara contradiccion me siento con valor para dar mi vida por evitarte el menor disgusto, y no le tengo para sacrificar á la tuya mi ventura. Luciano, acabarás por aborrecer á esta pobre madre que quiere á la vez entregarte á su hija y conservarla; pero debes compadecerme, porque soy muy digna de lástima!

LUC. Esta es mi respuesta. (Dando á Luisa una carta.)

LUISA. ¿Cómo? ¿Me escribes?

LUC. Á usted... precisamente, no.

LUISA. (Leyendo el sobre.) Al ministro.

ELENA. ¡Ah! ¡tu dimision! (Con alegria.)

LUC. No nos separemos nunca.

LUISA. Pero...

ELENA. Gracias por ella, Luciano; gracias por mí!

LUISA. Yo no puedo aceptar este sacrificio. Tienes un nombre ilustre, una fortuna inmensa... ¿Quién me asegura que mañana no deplorarás el verte privado de las altas funciones á que sin duda te reserva tu posicion? (Luciano la toma la carta.) Olvida las palabras que demasiado expansiva tal vez he dejado escapar de mi corazon, y piensa que yo sola puedo sufrir, porque estoy habituada al dolor; pero hacerte infeliz á tí, hacerla á ella...

ELENA. ¿Á mí? Todo lo contrario. No ambiciono ser embajadora; y si te preocupa el uso que pudiera dar á mi ajuar, yo te prometo ponerme mis mejores joyas y los encajes mas costosos, para pasar las veladas al amor de la lumbre entre mis padres y Luciano.

LUISA. Hijos mios, hijos mios; ¡qué feliz me haceis! En este momento no sé á quién quiero mas de los dos.

Luc. Quiérame usted tanto como yo á ella, y me basta.
Luisa. ¿Quién viene?
Elena. Es papá. ¡Un abrazo! (Yendo á recibirle.)

ESCENA II.

DICHOS, el CONDE y ÁLVARO.

Conde. ¡Hija mia! (Abrazándola.)
Luisa. ¿Y bien, Arturo?
Conde. Ya estan las dispensas en nuestro poder.
Todos. ¿Sí?
Alv. De modo que cuando gusten pueden los dos primos darse un título mas cariñoso.
Elena. ¡Luciano!
Luisa. ¡Hijos mios!
Conde. Dentro de cuatro dias los exponsales.
Elena. ¡Dentro de cuatro dias!
Conde. Dadle las gracias á Alvaro, porque él ha sido quien me ha aconsejado la supresion de algunas formalidades inútiles.
Luc. y Elena. ¡Querido primo!
Alv. Me doy por satisfecho con haber contribuido, aunque insignificantemente, á vuestra dicha.
Elena. Con todo, mereces nuestra eterna gratitud.
Alv. ¡Me avergüenzas! no he hecho cuanto quisiera todavia. (Con doblez.)

ESCENA III.

DICHOS y un CRIADO.

Criado Señor Conde.
Conde. ¿Qué hay?
Criado. Un hombre pregunta si usia está visible.
Conde. ¿Alguno de mis colonos?

CRIADO. No, señor; es un hombre... original.

ALV. (Ap.) ¡Ah! ¡Venancio!

CONDE. ¿Su nombre?

CRIADO. No ha querido decirle.

CONDE. Contéstale que estoy ocupado; que vuelva á la tarde. (El criado sale.) ¿Qué ser misterioso será ese que quiere que le reciba sin darse á conocer?

LUISA. Acaso su nombre te sea extraño.

CONDE. No importa; sepa yo al menos á quién admito en m casa.

CRIADO. (Entrando.) Ese hombre suplica al señor Conde que le reciba, pues es urgente, á lo que dice, su comision.

LUISA. Vamos, hoy es dia de gracias. Concédele lo que solicita.

CONDE. Bien, que entre. (Sale el Criado.)

LUISA. Mientras tú hablas con él, nosotros daremos una vuelta por el jardin. Tu brazo, Álvaro.

LUC. (Dando el suyo á Elena.) Dentro de cuatro dias estaremos unidos para siempre.

ALV. (Ap.) Hoy mismo dejará Elena para siempre esta casa.

ESCENA IV.

EL CONDE y VENANCIO.

VEN. (Ap.) Seamos corteses. Es de rigor en el buen tono.

CONDE. (Admirado.) Puedo saber...

VEN. ¿Lo que me trae á Madrid y á esta casa? Sí señor. Es un negocio de la mayor importancia que es preciso que resolvamos juntos.

CONDE. ¿Juntos?

VEN. Juntos. (Se sienta)

CONDE. ¿Eh? (Con disgusto.)

VEN. Dispénseme usted; pero vengo molido y estos muebles convidan á descansar.

CONDE. (Sentándose) Acabemos.

VEN. Querrá usted decir, empecemos.

CONDE. (Ap.) ¡Qué audaz!

VEN. Allá voy. No me andaré con circunloquios, y le diré á usted lisa y llanamente el objeto de mi visita.

CONDE. Ya escucho.

VEN. Vengo en busca de una niña.

CONDE. ¿De una niña?

VEN. No tema usted: mi demanda es absolutamente legítima. Aunque saltimbanqui, no soy uno de esos hombres desnaturalizados que se apoderan de las criaturitas para dislocarlas y exhibirlas en las calles, para mayor esplendor de sus espectáculos.

CONDE. No comprendo en verdad...

VEN. Permítame usted que piense lo contrario, toda vez que la niña que yo busco se encuentra en esta casa.

CONDE. ¿En mi casa? (Confoso.) Aquí no hay mas que mi hija. (Levantándose.)

VEN. (Levantándose.) Querrá usted decir... la que lleva ese título.

CONDE. ¡Cómo! Supondria usted que Elena...

VEN. Tengo mucha educacion para atreverme á desmentirle á usted; pero usted sabe tan bien como yo, que la señorita Elena de Vargas, nacida el veintidos de enero del año mil ochocientos cuarenta y ocho, murió el veintiseis de marzo siguiente, segun lo indica y comprueba la partida de defuncion que tengo la honra de presentarle á usted. (Saca un documento.)

CONDE. (Con espanto.) ¿Ese documento en sus manos!

VEN. Auténtico y legalizado por las autoridades de Zuera, donde falleció.

CONDE. ¡Oh! ¡Cállese usted, cállese usted!... Mi mujer y mi hija ignoran...

VEN. ¡Ah! si lo ignoran hablaré mas bajo. (Esforzando la voz.) Pero es preciso que el padre de la niña...

CONDE. ¡Su padre! ¿Luego vive?

VEN. Del todo.

CONDE. ¿Vive ese hombre que tan infamemente abandonó á su mujer? Y usted le conoce?

VEN. Á fondo.

CONDE. ¿Es usted su amigo?

VEN. El mas acendrado, si es verdad que el mejor amigo de uno es uno mismo.

CONDE. (Anonadado.) ¡Usted!

VEN. Santiago Vidal.

CONDE. ¡Él! (Se deja caer en un sillon.)

VEN. He sido un bribon, un ganapan, un desalmado, en fin. Separado de mi mujer, de aquella santa, y de mi hija, por los desbordamientos de una vida borrascosa, hasta el dia en que el arrepentimiento y la vergüenza han nublado mi frente... (Ap.) ¡Qué bien escribe don Alvaro y qué buena memoria tengo!

CONDE. ¡Todo ha concluido para mí! ¡Perder en un dia el fruto de tantos afanes, de tan incesantes desvelos, de diez y ocho años de amargura!... ¡Y tú, Luisa, pobre esposa mia!... Pero si esto fuese un lazo...

VEN. (Desconcertado.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

CONDE. Digo que en un asunto de tantas consecuencias, en el que se trata de la felicidad de toda una familia, de la vida tal vez de una pobre madre...

VEN. Poco á poco, caballero. No crea usted que va á entregar su hija en manos de cualquier advenedizo. Es muy justo que presente mis pruebas. ¡Oh! tengo los papeles muy en órden.

CONDE. Veamos.

VEN. (Sacando documentos.) Partida de bautismo de Santiago Vidal, nacido en Huesca el quince de junio de mil ochocientos veinticuatro. La de mi mujer, Juana Ruiz, paisana mia y cuatro años menor que yo; acta matrimonial...

CONDE. ¡Sí, sí! ¡Horrible realidad!

VEN. Ademas, la certificacion de mi identidad, librada en debida forma por escribano ante José Perales, carbonero, y Atanasio Cancela, pescadero. Como usted comprenderá, un pobre diablo como yo no puede tener perfumistas por testigos. El último documento ya le ha

visto u-ted; es el mortuorio de Elena de Vargas, (Levanta la voz.) que falleció en Zuera el...

CONDE. Por piedad, cállese usted.

VEN. Es verdad, la condesa ignora...

CONDE. Y Elena tambien.

VEN. Elena, es decir, Juana.

CONDE. Sí, Juana, su hija de usted; lo confieso, es ella. Pero, ¿quién ha podido enterarle á usted...

VEN. Aquí donde usted me ve, soy todo un nigromante, y, podria contestar que con ayuda de mis cartas, he descubierto el asilo de... la niña; pero abusar así de la credulidad de usted, seria indigno de mi nombre y...

CONDE. Acabe usted.

VEN. Pues bien, el que me ha guiado en mis pesquisas, ha sido Ignacio, el mayordomo de la quinta de Zuera.

CONDE. ¿Ignacio? Ignacio ha muerto: eso no es verdad.

VEN. Poco á poco; yo no sé mentir. Su mayordomo de usted, hace siete semanas que pasó á mejor vida; pero ocho dias antes recogí de sus labios moribundos la confesion de su alma timorata; y si hasta ahora no me he presentado á usted, ha sido por esperar á poderlo hacer provisto de todas las pruebas de mi paternidad.

CONDE. Todo lo comprendo. En vano seria resistirme, ¡Ah, caballero!

VEN. (¡Me llama caballero!)

CONDE. Usted puede con solo una sola palabra causar la desesperacion de toda una familia.

VEN. ¡Cuánto lo siento! ¡cuánto!

CONDE. Por comprar su silencio, daria... la mitad de mi fortuna.

VEN. (¡Demonio! ¡Y es millonario! Pero el sobrinito luego... ¡Tate!!)

CONDE. ¿No responde usted?

VEN. Señor Conde, puede usted creer que aceptaria de mejor gana que lo digo; pero me es absolutamente imposible.

CONDE. ¿Exige usted...

VEN. Y es claro que exijo. Exijo el reconocimiento de mis derechos, títulos y cualidades en presencia de mi hija.

CONDE. Pues bien, Elena sabrá la verdad; pero al menos deje usted en su error á la pobre madre.

VEN. Imposible, imposible.

CONDE. Pe qué?

VEN. ¡Toma! porque... porque media un compromiso formal, una promesa, un juramento sagrado que... me he hecho á mí mismo. Es necesario que la niña se llame Juana Vidal para todo el mundo. Por lo demas, yo no soy un tirano que exija las cosas al vapor. Le daré á usted tiempo.

CONDE. ¡Oh!

VEN. Vendré por ella dentro de quince minutos.

CONDE. ¡Silencio! ¡hélas aquí!

VEN. ¿La señora condesa y su... digo, y mi hija?

CONDE. (¡Ni una palabra!)

VEN. Tranquilícese usted. (Viéndolas.) ¡Oh! ¡divina criatura! (Las saluda amaneradamente.)

ESCENA V.

DICHOS, LUISA y ELENA.

ELENA. Caballero... (Saludando.) Creiamos que estabas solo. (Á su padre.) Si estorbamos...

VEN. Al contrario: yo soy quien se retira, señorita Elena. (Mirándola de hito en hito.) Estabamos tratando el señor Conde y yo de cierto objeto, de un precioso objeto que necesito que me ceda.

LUISA. (Ap.) ¡Qué querrá decir?

CONDE. (Vivamente á Venancio.) Nos veremos mas tarde.

VEN. (Ap.) Traduccion: fuera de aquí. (Al Conde.) Hasta dentro de un cuarto de hora. (Saluda con embarazo á las señoras.) Señora, señorita, á los pies de ustedes... soy su servidor... manden ustedes... con el mayor respe-

to... (Las señoras reprimen una sonrisa.) Tengo el honor de ser... (Anda, bárbaro, cuanto mas quieres pulirte, mas descubres la hilaza. Te sobra corteza, y al que no está hecho á bragas...) Abur. (Váse.)

ESCENA VI.

El CONDE, LUISA y ELENA.

LUISA. (Dirigiéndose al Conde, que se halla abstraido.) ¿Qué es eso? ¿qué te pasa, Arturo?

CONDE. Nada, no tengo nada.

LUISA. Algo extraordinario ocurre entre ese hombre y tú.

CONDE. (Ap.) Nunca me atreveré á revelarle tan terrible secreto.

LUISA. ¿Es la presencia de nuestra hija la que te impide hacerme partícipe de tu pesadumbre? Elena, déjanos.

CONDE. No, no la alejes. La queda poco tiempo de estar entre nosotros.

LUISA. ¿Seria esa la causa? No temas; Luciano y Elena no se separarán de nuestro lado.

CONDE. ¡Quién sabe!

LUISA. ¡Cómo!

CONDE. Desde el momento en que se casan los hijos, dejan de pertenecernos. La sana razon nos aconseja, que desde este momento vayamos acostumbrándonos á la idea de no volverla á ver por mucho tiempo, aun cuando fuera para siempre.

LUISA. ¡Qué dices! Preferiria morir mil veces.

ELENA. Mamá...

CONDE. ¿Es decir, que si Dios en sus juicios inescrutables nos privase de ella, ninguna influencia ejerceria yo sobre tu cariño?

LUISA. Sí; pero...

CONDE. Si ese sueño que incesantemente te atosiga, se trocase de pronto en realidad: ¿no tendrias valor para soportar tu pena, tú, la esposa amante y fiel, tú, la madre, la

creyente?

LUISA. Sí, Dios permitiria que viviese para tí. ¿Pero á qué complacerte en matirizarme con tales suposiciones?

CONDE. Porque quisiera verte luchar enérgicamente con el sacrificio que te impone el destino de Elena, y que para evitar el dolor que ha de causarte una probable separacion, empezases desde ahora á acostumbrarte á la idea de que ella y tú no habeis de vivir juntas. Deseo que puedas decirte: Elena no me pertenece, yo no tengo tal hija, esa vision que me persigue es mas que un sueño, es un presentimiento... un recuerdo tal vez.

LUISA. ¡Un recuerdo!

CONDE. Sí, Luisa; tú has sufrido una grave dolencia en otro tiempo; has tenido largos dias de delirio, durante los cuales, has permanecido extraña á cuanto tenia lugar en torno tuyo. ¿Quién te dice que en esa época no ha podido Elena ser sustraida á tu ternura, sin que tu razon se diese cuenta de ello? ¿Quién te asegura que esta niña, de quien los acontecimientos van á privarte, es realmente tuya?

LUISA. ¡Arturo! (Atónita.)

CONDE. ¿Quién te prueba que por ocultarte su muerte la persona encargada de velar por ella no la ha sustituido con la suya?

LUISA. (Aterrada.) ¡Arturo! ¡Arturo! ¿Eso que dices...

CONDE. (Temblando.) Es lo que inventaria en tu lugar, á fin de buscar un paliativo á tu dolor en el caso de una larga ausencia.

LUISA. Pero... eso es lo... lo que inventarias, ¿eh?

CONDE. Si.

ELENA. ¡Pero por Dios!

LUISA. ¡Impia é insensata invencion! Quieres que yo me imagine á mi hija muerta cuando la tengo delante de mí, cuando la veo, cuando la hablo, la oigo y la estrecho entre mis brazos, contra mi corazon? (La abraza con frenesí.) Arturo, no te comprendo, no te comprendo.

CONDE. Pues bien; permanece en sus brazos, hija, (Á Elena.) acarícíala, pero dile: «No, no; tu Elena no ha muerto; pues que Dios permite que me ames hace diez y ocho años con toda la efusion reservada para ella; tu Elena vive porque renace en mí...» (Conmovido.)

LUISA. ¡Dios mio! (Aterrorizada.)

ELENA. ¡Cómo!

CONDE. (Á Luisa.) ¿La ves? Está animada delante de tí; ella, por quien dieras mil veces tu vida. ¿Sientes sus besos palpitar en tus labios? ¿el contacto de su aliento? Pues bien, Luisa; tu hija ha muerto. (Llorando.)

LUISA. Conque ¿era verdad? ¿Con que tú... no eres mi hija? (Cae en un sillon.)

ELENA. ¡Horrible realidad! (Cae en brazos de su madre.)

CONDE. Esperaba sepultar conmigo este secreto, y casarla bajo el nombre de la que solo vivió algunos dias; pero mis esperanzas se han desvanecido; no me ha sido posible callar mas tiempo.

LUISA. (Teniendo la cabeza de su hija sobre las rodillas.) ¡Ah, cruel! ¿por qué no habérmelo revelado á mí sola? Sea ó no su madre, Elena no puede temer que yo le robe mi cariño para dárselo á otra... porque no existe. Pero ¿no debo yo temer que ella me prive del suyo para tributárselo á la única que tiene derecho á llamarse su madre? (Movimiento de Elena.)

CONDE. No lo esperes. Su madre murió en mi quinta el mismo dia en que al verme libre de mis cadenas volviste á la razon.

LUISA. ¡Cómo! ¿Aquella pobre mujer...

CONDE. Sí.

LUISA. Arrodíllate y ruega á Dios por la gloria de aquella santa.

ELENA. Madre mia, bendice desde el cielo á la que te ha reemplazado junto á mí, y permíteme que la ame como á tí te hubiera amado.

CONDE. (Ap.) ¡Dios mio! tú que has sabido atenuar su dolor con un destello de esperanza, dame fuerza para ocultarles

mi llanto y terminar mi obra.

LUISA. (Recobrándose.) Arturo, la necesidad de esta revelacion, á que sin duda te han conducido las formalidades del acto que se prepara, ha podido trastornar nuestra cabeza, pero no lastimar nuestro corazon. Elena seguirá siendo nuestra hija como hasta hoy, ¿no es cierto?

CONDE. (Ap.) ¡Valor! (Alto.) Su madre no puede venir á robarte tu cariño; pero ¿qué me quedaria de él á mí si su padre se presentara?

LUISA. ¿Su padre? No; yo te he oido decir mil veces que aquella desventurada que murió delante de mí... era viuda.

CONDE. Era solo un pretexto suyo para explicar su abandono. Santiago Vidal existe, le he visto.

LUISA. ¿Qué? ¿Tú has visto á Santiago Vidal?

ESCENA VII.

DICHOS y VENANCIO.

VEN. ¿Quién me llama?

LUISA. ¡Él! (Huyendo.)

VEN. Sí, yo; Santiago Vidal.

ELENA. ¡Mi padre! (Arrojándose en brazos de Luisa.)

VEN. (La acogida no puede ser menos lisonjera!)

LUISA. ¿Usted... usted... el marido de... su madre? ¡Mentira!

VEN. ¡Señora!

LUISA. Repito que es mentira. Mire usted cómo en lugar de arrojarse en sus brazos Elena, parece pedirme proteccion contra usted. ¿Permitiria Dios esto si usted fuese su padre?

VEN. (¡Demonio! ¡la leona se defiende!)

LUISA. ¿No responde usted?

VEN. ¿Y qué quiere usted que responda? La niña no se arroja en mis brazos, es verdad; pero eso no prueba que no sea mi hija; porque en cambio se precipita en los de usted, y usted debe estar bien segura de que no es su madre.

LUISA. ¡Ah!

VEN. Ademas, tengo mis pruebas. Pregúnteselo usted al señor Conde. (Queda Venancio á un extremo y los demas se agrupan al otro.)

LUISA. (Ap. al Conde.) Esas pruebas ¿las has visto?

CONDE. (Ap. á Luisa.) Sí; la prudencia nos aconseja que le obedezcamos.

LUISA. (Ap. al Conde.) ¡Obedecerle! Pero ¿y si intentara llevarse á Elena?

CONDE. (Ap. á Luisa.) Puede hacerlo.

LUISA. ¡Cielos!

VEN. (¡Hablan bajo! ¡se consultan!)

LUISA. (¡Arrebatárnosla!) El dolor ha trastornado mis sentidos; he procedido mal, lo conozco. Perdóneme usted, perdóneme usted, caballero. (Á Venancio.)

VEN. ¿Cómo, señora condesa! Usted me pide que la...

LUISA. Olvide usted mis palabras; no sé lo que he dicho; estaba loca. (Llorando.)

VEN. (Conmovido y aparte.) (¡Pues no se pone á llorar ahora! ¡Esto si que no me lo esperaba yo!)

LUISA. ¿No me contesta usted? (Á Elena.) Ven, hija mia, ayúdame á suplicarle que me perdone lo que en un momento de delirio haya podido ofender á... tu padre. Ya lo ve usted: no pongo en duda sus palabras; reconozco todos sus derechos. ¿Me negará usted aun la gracia que le pido?

VEN (Mas y mas conmovido.) Señora, ¿negarle yo á usted m perdon porque adora usted á la niña con toda su alma, porque siente naturalmente el saber que Elena es mi... que no es su hija de usted? Seria preciso no tener entrañas; y por mas que yo no sea un santo, no me considero tan bribon.

ELENA. ¿Y habrá tambien gracia para mí, caballero? ¿Me perdonará usted, padre mio? (Arrodillándose á sus pies.)

VEN. (Lloroso.) (¿Qué es lo que hace? ¿Pues no se arrodilla á mis pies y cruza sus manecitas en tono de súplica? Esto va muy allá. No me gusta esto.)

ELENA. ¿Guarda usted silencio?

VEN. (Ap. procurando calmarse.) (¡Vaya, vaya! ¿qué majaderia es esta de enternecerse por cualquier cosa? ¿Qué diria don Álvaro si lo supiese?) Levántese usted, señorita. (La levanta.) Su conducta no puede ser mas natural. Usted ha tenido en la señora condesa una madre, una excelente, una santa madre, que ha velado su sueño por muchos años, y no es posible olvidarla sin mas ni mas por un padre que la llueve á usted del cielo.

LUISA. Es usted un hombre honrado. Gracias, caballero, gracias. Se venga usted noblemente.

VEN. (Conmovido.) Señora, hágame usted el favor de no decirme esas cosas. (¡Demonio de gente! Con tanto llamarme hombre de bien, honrado y buen corazon, acabarán por hacerme creer que soy su padre de veras.)

LUISA. Ahora olvidemos lo pasado.

VEN. No deseo otra cosa; sí, olvidémoslo.

LUISA. Ocupémonos solo del porvenir. Desde este momento no se separará usted de nuestro lado; vivirá usted con nosotros, ¿no es cierto?

VEN. (Aturdido.) ¡Cómo! ¿Con ustedes, en esta casa? ¿yo?

LUISA. Sin duda: y al efecto, voy á ocuparme de la instalacion de usted.

VEN. ¡Un momento, un momento! (Y bien mirado, ¿qué es lo que don Álvaro exige? ¡qué Elena no pase por hija del Conde para conservar sus derechos! pues ya lo tiene.)

LUISA. ¿Decia usted?

VEN. Yo no... sino que, naturalmente, para aceptar lo que usted me propone, exijo como primera condicion el pasar á los ojos del mundo por... en fin, por lo que soy... por el padre de la señorita condesa.

LUISA. Aceptado. ¿Y ahora se resuelve usted?

VEN. Ciertamente, recibo un honor inmerecido, porque encontrarme así de un salto trasformado de ganapan en persona decente... Pero piense usted que si algun dia, mientras me estuviera paseando por el jardin envuelto

en mi bata y con mi gorro griego calado, me sorprendiera alguno de los... tertulios de usted, y recordara haberme visto hacer cabriolas por las calles...

LUISA. Elena es toda nuestra felicidad, nuestra vida, y aunque fuese usted un mendigo, compartiria cien veces mi fortuna antes que separarme de ella.

VEN. Sí, sí; todo eso es muy bonito; pero...

LUISA. Ruégale tú, hija mia.

ELENA. Yo...

LUISA. Arturo, sal de tu abatimiento; préstame tambien tu ayuda.

CONDE. Es que...

LUISA. Te lo suplico.

CONDE. Caballero, ratifico cuanto mi esposa acaba de decir. Dígnese usted aceptar nuestra casa y con ella nuestra amistad.

VEN. (Conmovido.) ¡Su amistad! ¡su casa! ¿Y aun hay quien dice si los ricos son ó dejan de ser...

LUISA. (Á Arturo.) Ven. (Á Venancio.) Le dejamos á usted solo con ella... con su hija. Piense usted en su felicidad, en la nuestra, y deje hablar á su corazon. Adios, amigo mio. (Le da la mano.)

CONDE. (Estrechándole la mano.) De usted depende nuestra ventura. (Vánse Luisa y el Conde.)

VEN. Señora condesa... Señor Conde... (Enternecido.) Estas gentes tienen una manera de tocarle á uno el alma, y luego una generosidad... un... Los calumnian, sí, señor; los ricos tienen buen corazon, muy buen fondo.

ESCENA VIII.

VENANCIO y ELENA.

ELENA. (Ap.) Nos dejan solos. Apenas puedo sostenerme.

VEN. (Ap.) (¡Vamos á ver qué la digo yo!) (Ofreciéndole una silla.) Siéntese usted, senori... hija mia.

ELENA. (Ap.) Luciano, todo acabó para nosotros.

VEN. (Suspira!... Se comprende. Tener á un individuo de mis circunstancias por autor de sus dias, no es lo mas agradable.) ¿Pero qué es eso? ¿No se atreve usted á mirarme? ¿Le causo á usted miedo?

ELENA. No, pero...

VEN. Pero está usted temblando? Esta situacion no puede durar mucho tiempo.

ELENA. Así lo creo.

VEN. (¡Si es un cargo de conciencia causarle el menor disgusto!) Vamos, hija mia, dígame usted lo que hacer me toca para destruir el horror que la... que te inspiro... Ya lo ves... te tuteo y dulcifico mi voz cuanto me es posible.

ELENA. No, no es la voz lo que me asusta.

VEN. Ya; es mi conjunto. La voz me es fácil corregirla; pero lo que es mi facha...

ELENA. Tampoco es eso.

VEN. ¿Acaso es mi profesion de saltimbanquis lo que no te cuadra? Puedo prescindir de ella mañana mismo.

ELENA. Tendrá usted que hacerlo toda vez que ha de permanecer entre nosotros.

VEN. ¿Permanecer aquí? Y ¿quién lo ha decidido?

ELENA. Usted mismo y yo. (Movimiento de Venancio. Elena se apoya en su brazo.)

VEN. (Ap.) ¡Se apoya en mi brazo! ¡Malo! el edificio falsea por la base.

ELENA. ¿Verdad que sí?

VEN. (Luchando consigo mismo.) Sin embargo, señorita, ¿y si yo me empeñase en conducirla á usted á su casa paterna?

ELENA. Los haria usted muy desgraciados, pero le seguiria.

VEN. (¡Diantre de chiquilla! Tiene una dulzura y una resignacion capaces de conmover á un chacal.)

ELENA. ¿Nos quedaremos? (Con mucho mimo.)

VEN. (Ap.) ¡Pobrecita!—Bien, nos quedaremos.

ELENA. ¡Ah! gracias... (Suspirando.)

VEN. Me das las gracias de un modo que no parece sino que no hago cuanto se te antoja.

ELENA. Hay una cosa que no puede usted remediar.

VEN. Lo veremos: dímelo. Para un buen escamoteador no hay nada imposible. ¿De qué se trata?

ELENA. (Ruborizada.) De Luciano de Vargas.

VEN. Muy señor mio; no lo conozco.

ELENA. Es mi primo; es decir, le he dado este nombre hasta...

VEN. Sí; hasta la llegada del agua-fiestas. ¿Y qué tal? ¿Será un buen mozo?

ELENA. Tiene el corazon mas noble, mas desinteresado...

VEN. Comprendido; te ama.

ELENA. Sí.

VEN. ¿Y tú á él?

ELENA. Mucho.

VEN. ¡Mucho! ¡oh, qué hermosa es la juventud! Yo tambien he amado á tu edad mucho, apasionadamente...

ELENA. ¿Á mi pobre madre?

VEN. ¡Ah! sí; á... tu madre. (Héteme condenado á hacer pasar á mi mujer por su... No vuelvo á despegar mis labios; me hacen daño estas cosas.)

ELENA. Luciano, el hijo del marqués de Elorza, me entregó su corazon cuando aun ignoraba que yo era la hija de...

VEN. ¿De un titiritero? ¿Y temes que al saberlo se arrepienta! ¡Valiente amor será el suyo! La historia nos habla de un Pedro el Grande enamorado de una cantinera, y no creo que tu marqués tenga el paladar mas delicado que el czar de Rusia.

ELENA. Y aun cuando él accediese á llamarme su esposa, ¿cree usted que su padre daria su consentimiento?

VEN. Bueno está esto. ¿Pues no doy yo el mio?

ELENA. Es que á los ojos del marqués, un matrimonio desigual, equivale á un crímen. Luciano no se atreverá á oponerse á la voluntad de su padre, y yo le habré perdido para siempre.

ESCENA IX.

DICHOS y LUCIANO, que ha estado oyendo las últimas palabras.

LUC. ¡Caballero! Yo, Luciano de Vargas, le pido á usted solemnemente la mano de su hija Juana Vidal.

ELENA. ¡Él!

VEN. (Ap.) Vamos, aquí parece que todos tratan de sobrepujarme en nobleza de sentimientos. (Dándole la mano.) Apriete usted, jóven, apriete usted.

ELENA. Padre mio, es...

VEN. Ya me lo ha dicho, hija mia; y ademas no soy yo tan torpe. Señor don Luciano, su conducta de usted es digna, grande, sublime, porque usted no ignora que yo soy...

LUC. Acaba de enterarme de todo el Conde.

ELENA. Pero tu padre...

LUC. Accederá cuando sepa que su negativa seria mi muerte. Sí, Elena, imitará la conducta del tuyo consintiendo en nuestra union.

VEN. ¡Cómo! yo consentir... Poco á poco; eso es muy grave; necesito reflexionar...

ELENA. Sí, sí; medítelo usted, padre mio; pero antes deme usted un abrazo.

VEN. Si andamos abrazándonos ya no lo medito.

LOS DOS. ¿Consiente usted? (Acariciándole.)

VEN. Sí, hijos mios, sí; consiento (Ya temia yo que me volverian del revés como un guante.)

LUC. Ven, Elena, hagamos partícipes de nuestra dicha á los que tanto les debes. ¡Ah! señor, gracias, gracias. (Elena besa las manos de Venancio, Luciano se las estrecha y ambos desaparecen en el colmo de la alegria.)

ESCENA X.

VENANCIO.

¡Besos, apretones de mano! Cada una de sus caricisa

me parece un nuevo robo que les hago. Y ¡qué diantre! aunque yo consienta en hacer la felicidad de esas dos criaturas, ningun perjuicio se le sigue con ello á don Álvaro. Le diré al marqués que yo no puedo dotar á mi hija...—¡Vaya! ¡pues no la llamo mi hija hasta cuando hablo solo! Qué hermoso debe ser el que le digan á uno padre, de veras. ¡Llegar uno á viejo y encontrarse como yo solo en el mundo... ¡Es horrible!

ESCENA IV.

VENANCIO y ÁLVARO.

ALV. ¿Y bien?

VEN. ¡Ah! ¿es usted, don Álvaro?

ALV. ¿Cómo va nuestro asunto?

VEN. Á las mil maravillas. Elena ha sido reconocida por Juana Vidal y yo por su padre.

ALV. Y ¿cuándo te la llevas?

VEN. ¿Que cuándo me la... Mire usted... á eso sí que no sé qué contestarle. Tienen una educacion tan esquisita estos señores de Solibar!... ¡No sabe usted... Me han convidado á comer.

ALV. ¿Á tí? (Sorprendido.)

VEN. Sí, señor, á mí; y no crea usted que por hoy ó mañana, sino para siempre y á su propia mesa.

ALV. ¿Pero qué sandeces estás ahí ensartando?

VEN. ¡Toma! Ensarto la verdad.

ALV. Invitarte á tí, sabiendo que eres...

VEN. ¿Un saltimbanquis? ¡Si usted no se puede figurar lo sencillas, lo francas que son estas gentes! Á mí me han conmovido. La condesa me adora, me ha dado la mano; el Conde me ha llamado su amigo; la niña no ha cesado de abrazarme, y mi yerno me ha dicho que á mí me debia su felicidad.

ALV. ¿Tu yerno? ¿de quién hablas?

VEN. ¡Ah! es verdad: usted debe ignorarlo supuesto que nada

me ha dicho acerca del asunto. Pues sí, su primo de usted, Luciano, se casa con ella. Solo esperaban mi consentimiento y acabo de dárselo.

ALV. ¡Casarla! ¡tú!

VEN. Yo, casarla. ¿No me ha dado usted una hija? Pues nada mas natural que el que yo ejerza mis funciones de padre.

ALV. Y ¿bajo qué nombre la llevarás al altar?

VEN. Es muy sencillo; bajo el de Juana Vidal.

ALV. ¿Y tú firmarás los contratos?

VEN. Si los padres firman, sí señor.

ALV. Y ¿lo harás llamándote Santiago Vidal?

VEN. ¿Eh? ¡cómo! (Confuso.)

ALV. ¿Pondrás una firma falsa?

VEN. ¡Demonio!

ALV. ¿Te seduce sin duda la idea del presidio?

VEN. ¡Por vida de!... Basta, basta; no quiero...

ALV. ¿Le tienes miedo, eh?

VEN. Puede que crea usted que me gusta.

ALV. Pues obedece; porque una sola palabra mia, puede abrirte sus puertas.

VEN. ¡Oh! (Consternado.)

ALV. ¿Imaginabas por ventura que te iba á franquear esta casa para que te tomases el derecho de instalarte en ella, y vivir apaciblemente al abrigo de un título usurpado? ¿Habia yo de dejarte en libertad de faltar á nuestro pacto para que me vendieras miserablemente y te dejases enternecer por las lágrimas de Elena ó seducir por el oro del Conde? No, Venancio; no tratas con un niño á quien es fácil engañar. Tengo muy bien tomadas mis medidas, y no debes olvidar que obran en mi poder compromisos firmados por tí; compromisos cuya sola presentacion bastará para denunciarte como usurpador de estado civil, toda vez que te has hecho librar documentos legalizados bajo un nombre supuesto, y te has presentado con ellos en esta casa para cometer un rapto.

VEN. ¡Un rapto! (¡Oh! ¡qué infame es este hombre!)

ALV. Elige entre la cárcel ó la suma que te ofrecí.

VEN. ¿Qué he de elegir?... cualquier cosa menos lo primero.

ALV. ¿Te llevarás á Elena?

VEN. (Contrariado.) Me la llevaré. ¡Pobrecita!

ALV. Hoy mismo.

VEN. Cuando usted diga.

ALV. Al momento.

VEN. Sea, sí. Convengo en que me he dejado llevar del cariño estúpidamente; pero como estas personas tienen unos modales á los que no estoy acostumbrado, los padres con sus generosos sentimientos, el primo con su amor, y la niña con sus lágrimas y su vocecita de ángel .. le digo á usted que es preciso ser de piedra para...

ALV. Pues para que no vuelva á suceder, es por lo que Elena dejará al instante esta casa.

VEN. Y ¿con qué cara les digo yo que me la llevo despues de lo que ha pasado?

ALV. No te apures por eso. Lo que no se tiene valor de decir se escribe.

VEN. Menos mal.

ALV. Siéntate aquí y llama. (Venancio se sienta á la escribania y da un golpe en el timbre.) El criado hará acercar el carruaje que te ha traido y entregará la carta. ¡Ah!... dile que avise á tu hija.

CRIADO. (Entrando.) ¿Llama el señor?

VEN. Diga usted á la señorita Elena que la espero, y haga usted que me acerquen un carruaje. (Váse el Criado.)

ALV. Ahora escribe.

VEN. Escribo. ¿Pero qué he de decir?

ALV. Que has reflexionado...

VEN. Bueno: «He reflexionado...»

ALV. Que quieres conservar tu independencia.

VEN. «Mi independencia.»

ALV. Y que te llevas á tu hija. (Se pone á leer distraido un pe-

riódico.)

VEN. Y la firma.

CRIADO. La señorita Elena. (Anunciándola.)

VEN. ¡Ella! (Dándole la carta al Criado.) Esta carta para la señora condesa. (Váse el Criado.)

ESCENA XII.

DICHOS y ELENA.

ELENA. ¿Me llamaba usted? ¡Ah! ¡Álvaro aun aquí!

ALV. Sí, prima mia; yo mismo á quien tu padre (Señalando á Venancio.) acaba de revelar á la vez el misterio de tu nacimiento y la terrible determinacion que piensa tomar.

ELENA. ¿Cuál?

VEN. (Ap.) ¡Cómo me encierra el malvado en un círculo de de hierro!

ELENA. ¿De qué se trata, padre mio?

ALV. Dígaselo usted. (Con fingido sentimiento.)

VEN. (Infame!) Se trata de... Pero ¡qué demonio! puesto que usted lo sabe tambien y tiene mas confianza con ella que yo, déle usted mismo la noticia. (Compóntelas como puedas.)

ELENA. ¡Por Dios! explíquense ustedes. ¿Qué sucede?

ESCENA XIII.

DICHOS, LUISA por el lado, el CONDE y LUCIANO por el foro. La primera con la carta de Venancio en la mano.

LUISA. Sucede que ese hombre quiere separarnos.

LUC. ¡Oh! Elena...

ELENA. No, no: imposible.

CONDE. ¡Separarnos! ¿Seria usted capaz despues de las esperanzas que nos ha hecho concebir?

LUISA. Sí, sí; se la lleva; toma y convéncete. (Le da la carta.)

CONDE. Hoy mismo, al instante...

VEN. Es muy duro, señor Conde, convengo en ellos... (Casi llorando.) Pero es preciso... me obligan á ello... (Mirando á Álvaro.) poderosas razones.

LUISA ¿Arrebatarme á mi Elena? ¡Oh! nunca.

ELENA. ¡Madre mia!

CONDE. (Á Luisa.) ¡Por Dios!

LUISA. Estoy en mi casa, ¿lo entiende usted, en mi casa... (Á Venancio.) Salga usted de ella.

ELENA. No le trates tan duramente; es mi padre.

LUISA. ¿Y yo? ¿no soy nadie? ¿Quién ha pasado noches enteras espiando tu sueño, reanimándote con sus caricias cuando la muerte pugnaba por asirte? ¿Él? No, no ha sido él quien te ha consagrado la vida, quien solo desea tu ventura. Ese hombre sólo quiere tus lágrimas y tu desesperacion. ¿Y se atreve á llamarse tu padre? Mentira: no lo es. Que lo pruebe delante de los tribunales! solo á la fuerza cederé; y aun dudo que la de la justicia pueda arrancarte de mis brazos.

CONDE. (Bajo á Luisa.) No invoques la ley; se pronunciaria contra nosotros, y nos condenaria por haber usurpado su nombre á nuestra verdadera hija, y sus títulos á Álvaro.

LUISA. ¡Qué dices! (Espantada.)

CONDE. Que ese hombre tiene pruebas inequívocas de sus derechos sobre Elena.

LUISA. (En el colmo de la desesperacion.) ¡Oh! ¡qué desgraciada soy! Pero es imposible arrebatármela tan inhumanamente. (Á Venancio.) ¡Oh! ¡por piedad! si es mi cariño hácia ella lo que le contraría á usted, si son los celos de su amor paternal lo que le impele á dar este paso, yo le juro á usted no volverla á llamar mi hija; habré pronunciado por última vez tan dulce nombre; será para todos Juana Vidal; pero déjela usted que viva bajo este techo; concédame usted la dicha de respirar el aire que respire. (Cae en un sillon.)

VEN. (Llorando, aparte á Álvaro.) ¿Ve usted esto? Hombre, ceda

usted, tenga usted entrañas...

ALV. (Á Venancio.) ¡Silencio!

ELENA. Es su vida lo que le pide á usted, la nuestra, padre mio.

VEN. (Mirando á Álvaro.) ¡Oh! si ese pillo no estuviese ahí...

CONDE. Es usted de roca.

LUC. Piedad para esas infelices.

VEN. (Pero ¿estan ciegos que no me ven llorar? ¡Oh! si no fuera por lo del presidio...)

CONDE. Tome usted cuanto poseo, mi fortuna, mi vida entera; pero tenga usted compasion de mi pobre Luisa.

LUISA. ¡Qué! ¿Decide usted?... (Levantándose.)

VEN. (Ahogándose en sollozos.) Pues bien, sí, no puedo más; decido... (Álvaro le amenaza con una mirada.)

TODOS. ¿Qué? (Con ansiedad.)

ALV. Calme usted nuestra ansiedad.

VEN. (Ap.) ¡Miserable! Conde, señora Condesa, vivo junto al Saladero. Las puertas de mí casa estarán abiertas para ustedes todos los dias, á todas horas. Verán ustedes á la niña siempre que les plazca; pero es preciso que me la lleve, no puedo dejarla aquí... créanme ustedes; no puedo... porque... (Nueva mirada de Álvaro.) En fin... porque no quiero; porque es mi hija... y no preguntarme mas. (Asiendo á Elena por un brazo.)

LUISA. ¡Ah! (Cae desmayada en un sillon. Elena corre á auxiliarla: el Conde se arroja á sus pies.)

CONDE. ¡Luisa! Ese infame me la ha matado.

ELENA. ¡Madre mia!

VEN. (Ap. á Álvaro,) ¡Y bien! ¿Le parece á usted que estoy suficientemente envilecido? Yo mismo me inspiro horror. ¡Oh! ¡aquí me ahogo! Ven, hija, ven. (No puedo más.)

LUC. y CONDE. (Siguiéndolos.) ¡Elena! ¡Elena!

ALV. (Deteniéndoles y con fingido aire de compasion.) Resignacion, amigos! Es su padre. (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un cuarto de humilde apariencia en casa de Venancio. Puertas laterales, y otra grande en el foro. En primer término de la derecha una gran ventana praeticable. En el foro reloj de caja. Sobre la mesa una linterna sorda abierta y encendida.

ESCENA PRIMERA.

SARDANÁPALO limpiando los muebles; ELENA bordando en cañamazo al lado de una mesa.

SARD. Y con esta son ciento las veces que he quitado hoy el polvo á los muebles.

ELENA. (¡Cinco dias sin verlos!)

SARD. (Ap.) ¿Qué linda! qué afable y qué buena es la hija de mi patron! ¡Es rara la simpatía que ha despertado en mí esta criatura! La quiero lo mismo que si fuese... su madre.

ELENA. (Ap.) ¡Cinco dias! ¡Oh, Dios mio!

SARD. (Ap.) ¡Suspira! ¿Qué apostamos á que tengo yo la culpa? (Alto.) ¿Verdad, señorita, que no es ese el estambre que usted me encargó? ¿Le he traido demasiado gordo?

ELENA. No tal.

SARD. Entonces es que le he traido muy delgado. Pero no

importa, le cambiaré. Iré en dos trancos á la tienda y con eso se me rebajarán un poco las pantorrillas.

ELENA. ¡Cómo! ¿desde la calle de la Palma, ir nada menos que á la de Carretas por una cosa tan insignificante?

SARD. ¡Si está un paso! No hay mas que bajar al hospicio, y todo derecho... todo derecho...

ELENA. ¿No es la calle de Carretas la que mi padre habitaba antes de conocerle?

SARD. ¡Quiá, señorita! viviamos junto al Saladero.

ELENA. En vano les he escrito las señas en todas mis cartas; nadie ha venido.

SARD. Solo el señorito don Álvaro se acuerda de que usted era su prima; pero los otros... ¡ya, ya! se portan bien. No me hable usted de la ingratitud de los padres. Yo creo que si los obedecemos desde niños, es porque tienen mas fuerza que nosotros y nos pegan.

ELENA. No diga usted esas cosas.

SARD. ¡Pues si es verdad! ¿No les ha llevado don Álvaro todas las cartas que usted les ha escrito? ¡Pues á ver si han contestado una palabra ni aun por cortesía.

ELENA. ¡Es verdad! ¡Luciano tampoco!

SARD. (¡Luciano! ¡Ah! ¡ya caigo! es el amor quien la hace suspirar por la plazuela del Ángel!) ¿No es en la plazuela del Ángel donde usted vivia antes?

ELENA. ¡Ah! sí: cuando era menos desgraciada...

SARD. ¡Pobrecita! Es preciso distraerla. Vamos, tenga usted calma.

ELENA. ¡Si usted supiera!

SARD. ¿Que el estambre es malo? Sí, ya lo sé.

ELENA. No...

SARD. Sí.

ELENA. Hace diez y ocho años...

SARD. Hace diez y ocho años que está usted acostumbrada á bordar con mejores elementos.

ELENA. Quiero decir...

SARD. Tengo mi plan, señorita. Bien sé lo que le hace á usted falta. Voy volando á la plazuela... Digo, á la calle de

Carretas, y si no traigo el mejor estambre de Madrid, del mundo para usted: no vuelvo á esta casa.

ELENA. No entiendo...

SARD. ¡El amo! Cállese usted, y adios. (Váse.)

ESCENA II.

ELENA y VENANCIO.

ELENA. (Ap.) Ocultémosle mis lágrimas.

VEN. ¡Y Sardanápalo?

ELENA. Se fué.

VEN. ¿Sin mi permiso? Ya le ajustaré yo las cuentas. (¡Irse precisamente cuando tengo que marcharme! El burlote empieza á las ocho y ya han dado. ¡Es tan poco divertido vigilar á esta chica! (Viéndola llorar.) Ahí la tienen ustedes; llora que te llora, sin que la consuele nada. Vaya, vaya, yo desfilo.)

ELENA. ¿Se marcha usted?

VEN. (Me atrapó.) Sí; voy á ver si encuentro á ese truhan.

ELENA. No es fácil; ya estará muy lejos. Ademas, que como me cuidaba tanto mi... la que fué mi madre; como nunca se separaba de mí, cuando estoy sola tengo un miedo...

VEN. ¡Ah! sí... tienes miedo...

ELENA. ¿Se quedará usted, verdad?

VEN. Bueno. (Contrariado.)

ELENA. Hasta que vuelva Sardanápalo.

VEN. Sí; pero cuando vuelva, se habrá acabado el burlote.

ELENA. ¿El burlote?

VEN. (¡Diantre! ¿Qué he dicho?) Sí, el burlote, una academia nocturna de prestidigitacion... Volveré pronto.

ELENA. (Resignada.) Como usted quiera; pero preferiria que se quedase usted conmigo.

VEN. (Yendo á sentarse á su lado.) Bien, me quedaré; hablaremos juntos, estaremos juntos y bordaremos juntos. (Mas que de padre lleno la mision de una criada decente.)

ELENA. Le encuentro á usted triste y preocupado. ¿En qué piensa usted?

VEN. Pienso en que esta vida no puede seguir así. Necesito arreglar cierto asunto con... una persona, y en cuanto esté dilucidado, te buscaremos un marido fuera de España, donde nadie sepa...

ELENA. ¿El qué, padre mio?

VEN. Él... ¡Toma! que has sido la hija de un Conde, antes que la de un titiritero.

ELENA. No me casaré nunca.

VEN. (¡Pues bonito porvenir se me presenta, si la he de guardar mientras viva! Hacer sin vocacion el papel de anacoreta.) (Saca un cigarro y le enciende.)

ELENA. ¿Vá usted á fumar?

VEN. Sí.

ELENA. Pero...

VEN. No temas; no me hace mal; ya estoy acostumbrado.

ELENA. Yo tambien procuraré acostumbrarme. (Tose.)

VEN. ¿Ya te has constipado?

ELENA. No, no es nada; fume usted, fume usted.

VEN. ¡Qué! ¿es el cigarro lo...

ELENA. Me acostumbraré con el tiempo.

VEN. (Apagando el cigarro.) (¡Ni fumar! ¡Demonio! ¡qué educacion la han dado!)

ELENA. Alguien sube.

VEN. No puede ser otro que don Álvaro.

ELENA. ¿Me traerá noticias suyas? ¿alguna carta?

VEN. Pues señor, es preciso que arregle con él mis cuentas y que se encargue de establecer á la niña: tengo de sobra con los cinco dias de mi paternidad de alquiler.

ESCENA III.

DICHOS y D. ÁLVARO.

ELENA. ¿Y bien, Álvaro?

ALV. Nada, prima mia.

ELENA. ¿Es decir que mi madre... digo, la señora condesa, no se digna contestar á ninguna de las cartas que por conducto tuyo la he mandado?

ALV. Así parece.

VEN. (¡Cosa mas rara!)

ELENA. ¿Pero no ha dicho si vendrá á verme?

ALV. No.

ELENA. ¡Todos me abandonan!

ALV. Comprendiendo sin duda que te han perdido para siempre, buscarán su consuelo en el olvido.

ELENA. ¡Olvidarme! ¡nunca, no! Pero Luciano...

ALV. Luciano ha conocido que vuestro matrimonio es imposible, y hace dos dias que partió para Rusia.

ELENA. ¿Cómo! ¡Irse sin darme su último adios!

VEN. ¡Qué pícaros! No, no morirán esos señores de empacho de sensibilidad.

ELENA. (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy!

VEN. (¡Vuelta á las lágrimas!) (Ap. á D. Álvaro.) Señor don Álvaro, necesito hablar con usted, pero al momento; es un asunto muy grave. Si quiere usted que pasemos á mi cuarto...

ALV. Ya te sigo; déjame prestarla algun consuelo.

VEN. (Ap. á Álvaro.) Bueno; pero es preciso tomar una determinacion. La naturaleza me ha negado las circunstancias necesarias para ser padre de veras; pero me ha dado un corazon que se impresiona fácilmente, y temo no poder llenar la mision que usted me ha impuesto de llamarla mi hija, y no quererla como tal.)

ALV. (Vete.)

VEN. (Mirando á Elena.) (¡Pobrecita!)

ESCENA IV.

ELENA y ÁLVARO.

ELENA. ¡Álvaro! ¡Todo ha concluido para mí! Ya no me queda

esperanza alguna.

ALV. Créeme Elena, es preciso olvidar á los que así te olvidan.

ELENA. No, Luciano no es capaz de semejante cosa. Si ha partido, habrá sido por obedecer las órdenes de su padre.

ALV. Te hubiera escrito en tal caso confiando la carta á mi custodia.

ELENA. ¡Es verdad! Me encuentro abandonada de los que mas he amado en este mundo.

ALV. Tambien yo tengo derecho á tu cariño, y con todo no me he separado de tí.

ELENA. ¡Perdóname! Gracias, Álvaro, gracias.

ALV. Tus penas tendrán fin algun dia; la calma renacerá en tu espíritu, y tus ojos, no anublados ya por el llanto, podrán ver junto á tí á un amigo fiel, á un pariente desinteresado que te quiere... como solo sabemos querer los que hemos sido muy desgraciados.

ELENA. Volveré á escribir á la condesa. Quiero decirla que su ausencia me mata, y si no responde, si nadie viene á consolarme, no suplicaré mas: sufriré resignada su olvido ó la muerte.

ALV. (Tomándole la mano.) ¡Elena! ¡Elena mia!

ELENA. (Retirándola con dignidad.) ¡Ah!...—Mi padre te espera.

ALV. (Con hipocresía.) Perdóname, Elena. Yo no soy... no aspiro á ser mas... que tu hermano: concédeme esta gracia, y escribe á tu madre. Yo interpondré con ella todo mi influjo. (Váse.)

ESCENA V.

ELENA, SARDANÁPALO, con un cofrecillo, y al fin de la escena, LUCIANO.

ELENA. Sin duda he visto mal. La escribiré por última vez. (Se sienta á la mesa.) ¿La habré perdido como perdí á mi madre? ¡Luciano! ¡no volver á verte! ¡Es horrible!

SARD. (De puntillas.) ¡Señorita, señorita Juana!

ELENA. ¿Quién?

SARD. Soy yo, yo que vengo de buscar el estambre.

ELENA. ¡Ah! sí.

SARD. He estado en la calle de Carretas, y como no le habia á mi gusto, me he pasado á la plazuela del Ángel... (Siempre con jovialidad.)

ELENA. ¡Cómo!

SARD. He recordado que por allí hay otra lonja...

ELENA. Acabe usted.

SARD. Pero temiendo equivocarme y estando tan cerca de casa del Conde, he dicho: déjame subir y la señora condesa me dirá qué estambre es el que gasta la señorita Juana.

ELENA. Comprendo: ha visto usted mi tristeza, ha conocido la causa de mi llanto y... ¡gracias, gracias! le estaré á usted eternamente reconocida.

SARD. Pues ahora verá usted. Entro en la portería y no estaba el portero, pero estaba la portera. Pregunto por la señora, y antes de terminar la frase, veo delante de mí á un caballero que, conmovido y jadeante, exclama: «¿Hay carta? No lo sé, responde la portera; pero este muchacho va arriba y podrá preguntarlo si usted quiere.»—Entonces, el señor aquel se vuelve hácia mí, me mira de arriba á abajo, y dice dando un grito de alegría: «No me engaño, yo te he visto en Aranjuez, tú estás á las órdenes del señor Vidal.»

ELENA. Mi padre, era mi padre?

SARD. Tal vez fuera su padre de usted. ¿El señor conde tiene unos veinticinco años y se llama Luciano?

ELENA. ¡Luciano! ¡No es posible! ¡Si hace dos dias que partió para Rusia!

SARD. Puede ser que se haya marchado á Rusia hace dos dias y que haya vuelto hoy.

ELENA. Acabe usted.

SARD. Me mandó esperarle, y subiendo los escalones de cuatro en cuatro, volvió á bajar con este cofrecillo en las manos. «Es un recuerdo de su madre, me dijo, de su verdadera madre. Mi tio lo ha conservado religiosa-

mente durante diez y ocho años. (Se lo da.)

ELENA. (Tomándole y poniéndole sobre la mesa.) ¡Madre mia! ¡Pero está cerrado! ¿Y la llave?

SARD. La llave me la he dejado abajo, en el coche, y he subido para explorar el terreno. Le he dicho: «llavecita, espérese usted un poco mientras preparo á la señorita. Suba usted despues muy quedito la escalera; espérese usted en el dintel de la puerta, y cuando conozca usted que ya ha habido tiempo de prevenirla haga usted *toc, toc.*» (Imitando la accion de llamar. Se oyen golpes en la puerta.) ¿Eh? ya está ahí. Entre usted, llavecita, entre usted. (Se presenta Luciano, á quien abraza Elena. Sardanápalo da brincos de alegria.)

ELENA. ¡Luciano!

LUC. ¡Elena! ¡mi querida Elena!

SARD. Ahora ya no me necesitan ustedes y me marcho; pero cuando le haga á usted falta estambre, no olvide usted que sé donde le venden bueno. ¡Si tengo mas suerte que un ahorcado! (Váse.)

ESCENA VI.

ELENA y LUCIANO.

ELENA. ¡Luciano mio! Mis lágrimas, mi desesperacion, todo lo olvido al lado tuyo.

LUC. ¡Qué buena eres!

ELENA. Háblame de ellos, de mis padres.

LUC. Hemos temido que tu pobre madre no pudiese soportar estos cinco dias de ausencia.

ELENA. ¿Pero cómo no ha venido á verme?

LUC. ¿Piensas por ventura que al dia siguiente de tu partida no corrimos en tu busca á la casa indicada por tu padre? Sí, Elena; pero nadie la habitaba, y en vano tratamos de inquirir dónde podia tenerte oculta.

ELENA. ¿Pero mis cartas...

LUC. ¡Tus cartas! ¿Nos has escrito?

ELENA. ¡Y lo preguntas! todos los dias.

LUC. Ninguna ha llegado á nuestro poder.

ELENA. (Mirando al cuarto.) ¡Ah! ese hombre me ha engañado miserablemente. Pero no importa; ahora ya sé que su silencio no era el del olvido, que su ausencia no era la del abandono. ¡Soy feliz! ¡me aman! ¡me amais todavia!

LUC. ¿Pero dices que te han engañado?

ELENA. Sí.

LUC. ¿Han interceptado tus cartas?

ELENA. Sí.

LUC. ¿Y quién ha sido el autor de tan inícua conducta? (Indignado.)

ELENA. (Mirando al cuarto.) Él...

LUC. ¡Tu padre!... (Fuera de sí.)

ELENA. ¡Cómo!...

LUC. ¿No le bastaba el sustraerte á nuestro cariño!... Ni aun el consuelo me queda de vengarme de tantos sufrimientos, porque te llamas su hija!

ELENA. (Ap.) ¡Oh! ¡si supiese que es Álvaro, le provocaria! (Alto.) Sí, mi padre, mí padre ha sido.

LUC. Es una infamia.

ELENA. Habla bajo, está ahí, puede vernos: vete, Luciano, vete.

LUC. ¡Separarme de tí cuando apenas he podido hablarte!

ELENA. ¡Si nos sorprendiera!

LUC. No me es tan fácil renunciar á la idea de tenerte junto á mí.

ELENA. Vete; nos veremos á menudo, yo obtendré de mi padre el consentimiento; pero tu presencia aquí ahora podria tener resultados funestos. Anda á consolar á mi pobre madre.

LUC. Sea, pues lo quieres. Toma esta carta suya y la llave de ese cofrecillo.

ELENA. Sí, ya sé.

LUC. Desea verte; pero quiere hacerlo autorizada por tu padre.

ELENA. Lo será, sí; se lo pediré de rodillas; pero vete, vete pronto, y hasta mañana, Luciano mio; hasta mañana, con ellos.

LUC. Vendrán, te lo juro. Adios. (Váse.)

ELENA. Respiro. (Abriendo la carta.) ¡Su letra! se queja de mi silencio, pero siempre con dulzura. ¡Cómo me ha vendido ese miserable!

ESCENA VII.

ELENA, VENANCIO y ÁLVARO.

ALV. ¿Conque estamos conformes?

VEN. (Irónicamente.) Mucho, mucho, señor don Álvaro.

ALV. Entonces me retiro, y si mi prima ha concluido ya su carta...

ELENA. Sí, ya está escrita. Tú te encargarás de llevarla, ¿no es cierto?

ALV. Sin duda.

ELENA. (Mirándole de hito en hito.) Y se la entregarás á mi madre como le has entregado las otras.

ALV. (Desconcertado.) Naturalmente.

ELENA. Pues bien; tómala, está abierta. Esta vez te permito que la leas.

ALV. Que yo... la...

VEN. (Ap.) Cualquiera diria que sucede algo que no es natural.

ELENA. Ábrela, lo exijo.

ALV. (Haciéndolo.) ¡Qué veo! ¡la firma de la condesa! ¿Quién ha podido decirla...

ELENA. No ha sido por lo visto el que ha interceptado todas mis cartas.

ALV. ¡Elena!

ELENA. No se trata aquí de Elena, habla usted con Juana Vidal, á quien ha engañado de una manera indigna.

VEN. ¡Cómo! ¿Ha osado él...

ELENA. Usted me ha dicho que mi familia me abandonaba, que

Luciano desistia de mi amor, que mi padre se negaba á tributarme sus caricias, y esta carta escrita por ella viene á responderle á usted conmigo: miente usted, es usted un miserable.

ALV. ¡Elena!

ELENA. Sí; ¡un miserable!

ALV. Pues bien; lo confieso; te he engañado, he querido convertirme en tu solo refugio, en tu única esperanza, porque... porque te amo.

VEN. ¿Usted amarla?

ELENA. Mentira.

ALV. Ya sé que esta confesion no despertará en tu alma mas que el despecho ó la cólera; pero tu porvenir, sábelo de una vez, me pertenece á mí solo, á mí, de quien ningun obstáculo te separa como de Luciano. «Tu padre no será inflexible;» te ha dicho el iluso; pero yo puedo asegurarte que tu padre no se dejará vencer ni por tus súplicas ni por tus lágrimas.

VEN. Poco á poco, señor mio; yo no soy ningun tirano que tenga entrañas de tigre.

ELENA. ¿Oye usted bien?

ALV. Pues habla; pronuncia una palabra; dile á tu hija que tú, Santiago Vidal, estás dispuesto á poner tu firma en su contrato de boda, y...

VEN. ¿Firmar... yo? ¡no... nunca!

ELENA. ¡Padre mio!

ALV. ¿Oyes bien? nunca.

ELENA. ¡Oh!

ALV. Y como tu odio no será eterno, llegará un dia, no distante, en que pienses que no te queda nadie sino yo á quien acogerte y me amarás.

ELENA. Le he despreciado á usted cuando me era indiferente, ¿qué no haré ahora que le aborrezco?

ALV. Pues bien, niña orgullosa, ya que no quieres que te llame mia porque te amo, lo serás porque lo quiero.

ELENA. Defiéndame usted, padre mio. ¿No ve usted que me insulta?

VEN. ¡Oh! tome usted mi vida entera á trueque de verme libre en este instante de los compromisos que á usted me ligan.

ELENA. ¡Cómo!

ALV. ¿No lo eres acaso, buen Vidal?

VEN. Harto sabe usted que con solo una palabra puede perderme cuando con ese cinismo insulta usted á esta pobre niña delante de mí.

ELENA. ¡Qué puede perderle! ¡Pero Dios mio! ¿en qué abismo me hallo sumida! (Aterrada) ¿Quién me salvará? ¿quién me prestará su amparo? (Viendo el cofrecillo y dejando caer sobre él la cabeza sumida en el mayor dolor.) ¡Ay, madre mia, madre mia! Ruega por mí desde el cielo.

ALV. (Ap.) Es preciso. (Alto á Venancio.) Pues bien, escucha. Serás libre: pronto romperás los lazos que te encadenan á mí.

VEN. ¿De veras? (Con alegria.)

ALV. Te espero en mi casa esta noche á las diez.

VEN. ¿Esta noche?

ALV. Sí; quiero devolverte todos los documentos que te comprometen; entregarte la suma pactada , y dar por terminado nuestro asunto.

VEN. ¿Y despues?

ALV. Despues saldrás de Madrid.

VEN. Pero... (Señalándole á Elena.)

ALV. ¿Elena? Volverá de nuevo á poder de su familia.

VEN. No me atrevo á creerlo.

ALV. Desde mañana, te lo juro. (Mirando á Elena.) Veremos entonces si hay una sola voz que se levante para protestar de nuestro matrimonio. Á las diez, en mi casa.

VEN. Pronto darán. Podemos irnos juntos.

ALV. No. Te aguardo luego.

VEN. ¡Oh! no faltaré. (Váse Álvaro lanzando una nueva mirada á Elena.)

ESCENA VIII.

ELENA y VENANCIO.

VEN. (Ap.) ¡Pobrecita! ¡Vaya un estado en que la ha puesto ese bribon! (Alto.) Vamos, hija, no te abandones al dolor, que el tiempo se encargará de devolverte la alegria.

ELENA. ¿La alegria? no la espero. (Estrechando el cofrecillo.) Iré pronto á encontrarla al lado de mi madre.

VEN. ¿Eh! ¿qué es eso? (Reparando en él.)

ELENA. Una santa reliquia que me ha mandado la condesa.

VEN. ¿Ese cofrecillo?

ELENA. Es todo lo que poseo de mi madre, de mi verdadera madre. ¿Quiere usted que le abramos juntos?

VEN. (Dudando.) ¿Juntos?

ELENA. Sí, aquí está la llave. (Se la da.)

VEN. ¡La... la llave! (Prueba á introducirla y tiembla.)

ELENA. ¿Tiembla usted, padre mio?

VEN. No... no. (Me parece una profanacion lo que estoy haciendo. (Déjale abierto delante de Elena.)

ELENA. (Sacando objetos segun se citan.) ¡Una medallita de la Vírgen, suspendida de un cordon de seda! ¡La llevaria sobre su pecho! ¡Oh! no se separará del mio. (Se la pone despues de besarla.)

VEN. (¡Es un ángel!) (De pie al lado de Elena)

ELENA. ¡Un papel impreso! (Se lo da.)

VEN. (Leyéndolo.) Juana Ruiz, esposa de Santiago Vidal. Es un pasaporte.

ELENA. El suyo. ¿Viajaba con usted cuando...

VEN. ¿Cuando la sorprendió la muerte? no; sola.

ELENA. ¡Infeliz! Y cómo es que usted no la acompañaba?

VEN. Porque... tenia... Mira, no me preguntes esas cosas, porque no sabria qué decirte, y me veria precisado á mentir.

ELENA. ¡Oh! no, padre mio; los secretos de usted solo á usted

le pertenecen. Una carta cerrada con lacre negro.

VEN. ¿Una carta?

ELENA. (Leyendo.) «Para mi hija cuando se halle en edad de casarse.» Ya debia llamarme esposa de Luciano: puedo abrirla, ¿verdad? (Mientras Venancio dice el aparte la abre.)

VEN. (Ap.) Si en ella le habla de su padre, si la dice quién era y le describe su persona, me quita la máscara, y... (Alto.) Creo que seria mejor... ¡Ah! ¡la has abierto!

ELENA. Sí; leámosla juntos.

VEN. Te escucho. (Se sienta al lado de la mesa.)

ELENA. (Leyendo.) «Quinta de Solibar, en Zuera, á quince de »abril de mil ochocientos cuarenta y ocho. Hija mia, la »vida me abandona; mañana tal vez descansará tu po- »bre madre en el cementerio, y tú serás recogida en el »asilo de huérfanos de Zaragoza. Cuando leas esta car- »ta, te preguntarás sin duda cómo no he tomado nin- »guna disposicion para que tu padre conozca tu resi- »dencia. ¡Pobre hija mia! Á estas horas tal vez esté sin »pan, sin hogar, muerto de frio; sabe, pero no quiere »trabajar.» (Mira á su padre y se enjuga las lágrimas.)

VEN. (Ap.) ¡Valiente truhan seria el tal tio para abandonar de ese modo á su mujer y á su niña.

ELENA. (Leyendo.) «¿Qué podria hacer por tí, pues yo sola sabia »qué pudiera ser madre, cuando me vi precisada á »separarme de él?»

VEN. (Ap.) Vamos; no sabiéndolo...

ELENA. (Leyendo.) «Yo no debo sin embargo exponerte á que le »halles en tu camino y no le reconozcas. Por malo que »sea un padre, es muy duro que al tenderle á su hija »la mano le niegue esta su apoyo. Por lo tanto voy á »decirte quién soy y quién eres. Hasta la edad de diez »y nueve años viví con una hermana de mi madre, cu- »ya módica herencia me permitió establecer una pe- »queña tienda asociándome á una mujer tan desgra- »ciada como yo. Esta infeliz tenia un hermano que á »poco fué mi marido...»

VEN. (¡Es particular!)

ELENA. (Leyendo.) «Por desgracia no pude adquirir sobre él el »ascendiente necesario para evitar nuestra ruina. A los »seis meses, la herencia se habia disipado. El estableci- »miento vendido; y tu padre y yo estábamos sumidos en »la mayor miseria.» (Mirando á Venancio.) ¡Padre!

VEN. (Temblando.) ¡Sigue, sigue!

ELENA. (Leyendo.) «Indignada contra el autor de mi desgracia, á »quien la embriaguez no le abandonaba un momento, su »cólera no reconoció límites, y me ví precisada á huir »de él en medio de la noche, á través de los campos, y »temiendo morir á cada instante, porque en su delirio »llegó á maltratarme á mí, que ya presentia que no era »solo mi existencia la que debia conservar.»

VEN. (Á sí mismo, pero frenético.) (Es verdad, es verdad; yo la maltraté; pero ignoraba que pudiera ser madre. (Volviendo en sí.) Vamos, deliro. Si se llama Juana Ruiz, no puede ser mi mujer; y es que el que obra mal...)

ELENA. Acabe usted: hubiera preferido no conocer unas faltas que ella ya no puede perdonar.

VEN. ¡Cómo! ¿quieres que yo...

ELENA. Sí. Entre tanto, yo rogaré á Dios por ella y por usted. (Se arrodilla.)

VEN. (Leyendo. Ap.) «Muerta de cansancio llegué por fin á »Gurrea, donde una caritativa mujer que imprimió en »tus mejillas el primer beso, me retuvo algunos meses, »procurándome despues un pasaporte á nombre suyo, »á fin de que tu padre perdiese por completo mis hue- «llas. Este documento es el solo legado que puedo ha- »certe. Serás por lo tanto educada bajo el nombre de »Juana Vidal; pero al casarte lo harás con el que te per- »tenece, de María Juana, hija legítima de... Venancio »Garcia.» (Deja caer la carta.) ¡Justicia de Dios! ¡pues... si es... mi hija, mi hija!...

ELENA. (Levantándose.) ¿Qué tiene usted, padre mio? (Venancio coge otra vez la carta y la deja sobre la mesa..)

VEN. Sí, tu padre, tu padre; repítelo. ¡Ah! déjame que te colme de caricias y te estreche entre mis brazos, que

me convenza de que no es un sueño. ¡Es mi hija, Dios mio, es mi hija! ¡Y yo he podido urdir contra ella semejante crímen! ¿La desgracia, la fatalidad, han pesado sobre mí? No, no es la fatalidad ni la desgracia. Es que cuando un hombre ha cometido tan infame accion, Dios castiga al culpable, le pone frente á frente de su víctima y exclama con voz aterradora: Dobla la cabeza, arrepiéntete, llora y contempla cómo has hecho añicos el corazon de tu pobre hija.

ELENA. ¡Qué veo! ¡lágrimas en sus ojos!

VEN. Sí, lloro mi vida pasada, mi conducta para con tu madre, para contigo. Pero yo ignoraba que pudiera llevar. te en su seno; no lo sabia, Juana, te lo juro. Una palabra suya hubiera bastado para que cayese á sus pies- ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡tuvo miedo de mí! ¡huyó de mi lado! ¡Qué criminal he sido! Pero hoy me arrepiento, hija mia, me arrepiento, y no creeré la vida posible, sin que el perdon de tu madre, de aquella santa, caiga sobre mi cabeza vertido por tus angelicales labios. (Se arrodilla á los pies de Elena.)

ELENA. En nombre del Señor que me aconseja, de ella que me ve, yo le perdono á usted, padre mio. (Llorando.)

VEN. ¿Y mis faltas para contigo?

ELENA. (Llorando.) Tambien, tambien las perdono, y por su redencion, por sus lágrimas, le juro á usted que le amo. (Abrazándole.)

VEN. ¡Ah! gracias, hija mia. Yo haré porque mas tarde me perdone Dios como tú me has perdonado.

ELENA. Un carruaje ha parado á la puerta de esta casa, que solo nosotros habitamos. ¡Si fuese! ¡Oh! ¡no puede ser mi madre! (Dirigiéndose á la ventana.)

VEN. (Contemplándola.) ¡Mi hija! ¡es mi hija!

ELENA. ¿Quién podrá ser?

VEN. Lo ignoro.

ELENA. Un hombre baja del coche, se dirige á la puerta.

VEN. (Contemplándola estasiado.) ¡Qué hermosa es mi hija!

ELENA. ¡La puerta cede! (Asustada.) ¡Ese hombre tiene la llave.

VEN. ¿Qué dices? (Sobre sí.)

ELENA. ¡Ah! ¡he reconocido sus facciones! es Álvaro.

VEN. ¡Álvaro! (Suenan las diez en el reloj.) ¡Las diez! ¡Oh! ¡la hora en que queria tenerme lejos de ella! Juana, entra en tu cuarto, quiero recibirle.

ELENA. Pero...

VEN. Entra, hija mia, que creo que Dios empieza á perdonarme. Ven, ven. (La acompaña á su cuarto, toma la linterna sorda, la cierra, y se queda á la puerta esperando á Álvaro.)

ESCENA IX.

VENANCIO y ALVARO.

ALV. (Entrando á tientas.) Es preciso concluir de una vez. ¡Qué oscuridad! (Al llegar á la puerta del cuarto, Venancio abre la linterna iluminando con ella á Álvaro.) ¡Venancio! ¿tú aquí?

VEN. ¿Le pesa á usted el encuentro?

ALV. ¡Silencio!

VEN. ¿Silencio? ¡Miserable! ¿Quieres imponer silencio á un padre que te sorprende por la noche á la puerta del cuarto de su hija?

ALV. ¿Tratas de distraerme con alguna escena?

VEN. Es verdad, no me acordaba de que es una comedia lo que estamos representando; pero en ella me ha repartido usted un papel; el papel de padre, y tanto me he poseido de él, le he aprendido tan de corazon, que le juro á usted interpretarle con una verdad asombrosa.

ALV. ¿Qué significa...

VEN. Dígame usted: ¿cuando un padre se encuentra con el hombre que quiere perder á su hija, ¿no debe asesinarle ó arrojarle de su casa como á un ladron?

ALV. ¿Me amenazas?

VEN. Sí; déjenos usted para siempre, ó por mi nombre...

ALV. ¿Osarias...

VEN. ¿Matarle á usted? sin duda: estoy representando el pape

que me corresponde.

ALV. ¿Olvidas nuestro pacto?

VEN. No, no le olvido; sino que yo creí asociarme á los planes de un hombre que defendia sus derechos, y veo que me he convertido en el cómplice de un infame que solo trataba de deshonrar á una pobre niña.

ALV. Para llamarla mi esposa. Piensa que tu fortuna depende de este matrimonio.

VEN. Esa fortuna ofrecida en estos momentos, solo me serviria para arrojársela á usted á la cara.

ALV. ¿Tú?

VEN. Yo, sí: desempeño mi parte. ¿Le admira á usted que lo tome tan por lo sério? Pues á usted se lo debo, señor don Álvaro, á usted, que me ha enseñado á ser el padre de mi hija.

ALV. ¡Comprendo! ¡Me haces traicion! Pues bien, antes de que amanezca sabré deshacerme de tí.

VEN. ¿Por medio de la justicia, y gracias á los documentos que tiene usted firmados por mí? Bien hace usted en prevenírmelo. No esperaré. Partiremos de aquí.

ALV. Falta que yo lo permita.

VEN. ¿Y cómo podrá usted impedirlo?

ALV. Mírame bien.

VEN. Sí, es usted jóven y nervudo; pero nosotros los saltimbanquis poseemos recursos secretos para no temer á nadie, así sea un Alcides.

ALV. Concluyamos. Elena está aquí, en mi casa, y no saldrá de ella sin mi permiso. (Se dirige al foro para cerrar la puerta con llave.)

VEN. Eso lo veremos. (Corre detrás de él, y cogiéndole los brazos, se los vuelve á la espalda sujetándole con una mano por las muñecas.)

ALV. ¡Ah! (Quejándose horriblemente) ¡Por favor!

VEN. ¿No se lo decia á usted? Hé aquí uno de nuestros recursos, lo que llamamos nosotros el quebrantahuesos.

ALV. ¡Qué suplicio! suelta.

VEN. ¡Jamás! ¡Sardanápalo! ¡Sardanápalo!

ESCENA X.

DICHOS y SARDANÁPALO.

SARD. ¿Qué ocurre, patron?

VEN. Llévate á Juana; cierra la puerta por fuera, y marchaos en un coche que encontrareis abajo.

SARD. ¿Pero y usted?

VEN. Yo bajaré por la ventana; y si este señor quiere seguirme, conocerá el otro recurso que llamamos el rompecabezas.

ALV. ¡Infames! (Queriendo desasirse.)

VEN. Corre, que lucha como un condenado, y temo que las fuerzas me abandonen. (Váse Sardanápalo.)

SARD. Señorita, señorita Juana. (Váse.)

ALV. ¡Oh! no partireis, yo sabré impedirlo (Resistiéndose.) ¿No he de vencerte yo, viejo caduco?

VEN. ¡Pronto, Sardanápalo! (No pudiendo resistirle.)

ALV. ¡Ah! vencí. (Soltándose y corriendo hácia la puerta, á cuyo tiempo se presenta en ella Luciano y le detiene.)

VEN. ¡Dios mio! ¡Detenedle! (Gritando.)

ESCENA XI.

DICHOS, LUCIANO, el CONDE y LUISA por el foro, ELENA y SARDANÁPALO por la puerta lateral.

LUC. ¡Atrás! (Deteniéndole.)

CONDE. ¡Hija mia!

ELENA. ¡Cielos! ¡El Conde! ¡Mi madre! (Echándose en sus brazos.)

LUISA. Tu madre, si; que no pudiendo soportar tu ausencia, viene á tiempo de impedir una nueva desgracia.

ELENA. (Señalando á Álvaro.) Ese hombre, ese hombre es nuestro odioso enemigo.

TODOS. ¡Álvaro!

CONDE. ¡Él! explícate.

ELENA. Es inútil. (Á ÁLVARO.) Salga usted al instante de esta casa.

LUC. Nunca, sin darme primero cumplida satisfaccion.

ELENA. ¡Luciano!

VEN. No temas, hija mia. Luciano no se batirá con ese miserable. Cuando una víbora se cruza en nuestro camino, ó se la mira con desprecio, ó se le aplasta la cabeza con el tacon.

SARD. Yo los gasto claveteados, patron; y si usted quiere...

VEN. (Á ÁLVARO.) Ahora nada puede usted ya contra mí, nada contra ellos.

ALV. Pero sabré desbaratar esa union; y ya que Elena no sea mi esposa, no lo será de nadie.

VEN. ¿Por qué?

ALV. Porque el marqués de Elorza preferirá cien veces la muerte á que Luciano se case con la hija de un titiritero.

TODOS. ¡Oh! (Consternados.)

VEN. (¡Dios mio! acepta mi último sacrificio!)

ELENA. Ya no hay esperanza, Luciano.

VEN. ¿Y dónde está ese hombre? ¿quién es ese saltimbanquis que así se abroga el derecho de llamarla su hija?

TODOS. ¿Cómo?

LUC. ¿Qué dices desventurado?

VEN. La verdad. Que usted me ha adquirido por sorpresa en medio de una plaza pública, que me ha provisto de documentos falsos, obligándome á llamarme Santiago Vidal en vez de Venancio Garcia, que me ha suscrito un documento garantizando el pago de mi mentira, y que sabe usted, en fin, que Elena no es mi hija.

CONDE, LUISA y LUCIANO. ¿Qué dice?

ELENA. ¡Cómo! ¿usted...

VEN. (Llorando.) No, no soy tu padre.

CONDE. ¿Y ese documento...

VEN. Hele aquí. (Dándoselo.)

CONDE. (Leyéndole.) No cabe duda. (Á ÁLVARO.) Hoy mismo saldrá usted de España.

ALV. No saldré.

VEN. Perdone usted, pero se irá, porque yo lo exijo. Si usted no tiene conciencia, yo la tengo; y estoy decidido, si no me obedece, á declarar ante los tribunales nuestro infame complot, el rapto, la usurpacion de estado civil, y á hacer que nos juzguen juntos, que nos condenen juntos, y que nos ahorquen juntos, si es preciso, lo cual seria para mí un alto honor.

ALV. Pero eso es perderte.

VEN. Esto es salvarla. (Por Elena.) Ahora, elija usted.

ALV. ¡Oh! partiré. (Váse.)

SARD. ¡Y cuidado con encontrarse conmigo! Voy á alumbrarle á usted.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos ÁLVARO y SARDANÁPALO.

VEN. Ahora, Elena, vuelve al seno de tu familia, llámate de nuevo su hija, y no temas que nadie descorra el velo que encubre tu orígen.

CONDE y LUISA. Gracias, gracias.

VEN. Santiago Vidal dejó de existir hace diez años. Ninguno vendrá á reclamarles á ustedes su hija; nadie, lo juro; porque... su padre... su padre... ha muerto. (Llorando.) ¿Y ahora puedo esperar que ustedes me perdonen?

CONDE. La reparacion ha sido mayor que la falta, y el arrepentimiento le absuelve á usted. (Dándole la mano.)

VEN. Y tú, hija mia, ¿no maldecirás mi nombre?

LUC. (Ap.) ¡Cielos! ¡qué veo! (Reparando en la carta que está sobre la mesa.)

ELENA. ¿Qué dice usted? ¡maldecirle! nunca.

VEN. (Tomándole la mano y besándosela.) ¡Bendita seas! (Ap. á Elena.) Es el último beso que te da tu padre.

ELENA. (Á Luciano.) Si no soy su hija, ¿por qué desgarra su pecho el llanto?

LUC. (Ap. Comprendiendo lo que pasa.) ¡Infeliz! (Alto á Elena.)

Cuando seas mi esposa, yo te devolveré á tu verdadero padre.

VEN. (Haciendo un esfuerzo y llamando.) ¡Sardanápalo! Esta misma noche saldremos de Madrid para no volver jamás. Prevenlo todo.

CONDE. ¡Cómo! ¿Rehusará usted compartir con nosotros nuestra casa, nuestra amistad?

VEN. (Luchando hasta el final.) Sí, rehuso.

TODOS. ¿Por qué?

LUC. (Ap. Dándole la carta al Conde) Admire usted su sacrificio.

VEN. Porque... porque ya son ustedes felices .. y esto me basta. Yo necesito borrar de mi imaginacion recuerdos muy dolorosos... mi vida errante, nómada, me procurará el consuelo porque me afano; y las carcajadas de la muchedumbre me obligarán á reprimir el llanto que asome á mis ojos. Señor Conde, señora condesa, ámenla ustedes por los tres... (Llorando.) Luciano, hágala usted muy dichosa, tan dichosa como desgraciado... fué... su padre. Tú, Jua... usted, señorita... conságrele un recuerdo al pobre viejo... que la llamó... su hija, y que no ha de volver á pronunciar tan dulce nombre. Y cuando la muerte me arrebate... derrame usted una lágrima siquiera por mi memoria... Adios, adios para siempre.

CONDE. (Ap. á Venancio enseñándole la carta.) Á falta de esta prueba, el llanto que usted derrama me diria á gritos que es usted su...

VEN. (Ap. al Conde.) ¿No ve usted que me estoy muriendo?

CONDE. ¡Elena! (Dando un grito de alegria.) Abraza á tu verdadero padre.

TODOS. ¡Ah!

VEN. (Abrazándola.) ¡Hija mia! ¡Gracias! ¡gracias! (Al Conde.)

CONDE. Hoy renace para tí. (Á Elena.)

VEN. Sí; pero para el mundo ha muerto.

FIN.

Habiendo examinado este drama en tres actos, que lleva por título El jugador de manos, *no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.*

Madrid 4 de Enero de 1867.

El Censor interino,

Luis Fernandez Guerra.

POST SCRIPTUM.

Los directores de escena de los teatros de provincia, pueden hacer en este ejemplar las supresiones que crean convenientes para la representacion, dado caso que resultara larga en situaciones dadas, por ejemplo, en el final del acto segundo y algunas escenas del tercero. El autor hace esta indicacion que puede ser útil y que él no ha realizado por no tocar ciertas escenas que en la lectura no parecerán largas, lo cual acaso no sucederá al poner la obra en escena.

E. G.

ia cenicienta.
uña.
del almadreño.
otas.
del viejo.
nos de viento.
ta de Correlargo.
le oro.
del regimiento.
s de mi mujer.
hijos.
madres.
del Rey René.
emos.
ra de Murillo.
uera.
anza de Catana.
uesita.
a de la vida.
de Garan.
sin piloto.
gos.
n en el campamento, ó
de Africa.
dos.
lleros de la niebla.
a de matrimonio.
de Babel.
del gallo.
bediencia.
a alhaja.
nimada.
idos (refundida.)
o.
jo.
mi sobrina.
urbano.
María.
en 1818.
vista de pájaro.
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...¡
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Rihal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer mistoriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
lé buena ley.
nas feo.
y cuchilladas
tá la Gitana.
y marte.
Flora.
ando.
riquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
r.
cual.
ller.
ino.
o de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
a y en Marruecos.
en la ratonera.
s de carnaval.
io (drama lírico.)
llon de la Rioja *(Música.)*
nde de Lctorieres.
do á escape.
au español.
eta
bre feliz.
llo blanco.
rial.
uo mono.
er vuelo de un pollo.
into y Valdemoro.
netismo... ¡animal!
a de la calle Mayor.
stas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los heredcros.
La pupilla.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Petuquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.